

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 4 de Mayo

Núm. 17

## SUMARIO

El Presidente Masaryk.  
Capítulo de novela (1).  
Estampas.  
El *Cancionero de Antioquia*.  
El último paseo con Agustín Álvarez.  
El monopolio de la razón en política.  
Impresiones de un aniversario.  
La estatua.

Luis de Zulueta  
Carlos Loveira  
Juan del Camino  
Mario Verdaguer  
Rafael Alberto Arrieta  
Agustín Álvarez  
Alberto Insua  
Rómulo Tovar

El ericidismo.  
El poeta José Martí (y 3).  
Un milagro de Amor.  
Del *Cancionero de Nenia*.  
Sacasa Ministro en Washington.  
El punto de origen es tu patria.  
Bendición.  
Tablero (1929).

Rufino Blanco Fombona  
Juan Marinello  
Dmitri Ivanovitch  
Carlos Luis Sáenz  
Jacinto López  
Cicerón  
J. J. Salas Pérez

AYER, 7 de marzo, cumplió sus setenta y nueve años Tomás Garrigue Masaryk, el Presidente de Checoslovaquia. La joven República marcha del brazo de un profesor anciano. Ella es, en nuestra Europa, una nación antigua y un Estado nuevo. Su Presidente, ya casi octogenario, es una alma moderna, un corazón de vanguardia. Checoslovaquia es pequeña y grande; pequeña por su territorio; grande, por su cultura y por su espíritu. Pequeño y grande es también Masaryk; pequeño ayer, por su humilde cuna y su niñez de obrero; grande hoy, por su alta magistratura nacional y por sus amplias doctrinas y enseñanzas como filósofo y como político.

«Muchos de vosotros, acaso, tenéis ahora por primera vez ante vuestra vista un verdadero checo de carne y hueso»... Algo así decía el doctor Vlastimil Kybal, ministro de Checoslovaquia en Madrid, al pronunciar hace unos días su hermosa conferencia sobre los *Sokoles* en el paraninfo de nuestra Universidad.

En efecto: para muchos españoles, Checoslovaquia es todavía un país remoto, desconocido, borroso, que, después de la guerra, ha dibujado sus contornos en ese nuevo mapa de Europa que nos obliga a volver estudiar la Geografía.

Recuerdo que, cuando estuve en Praga, también ofrecí a algunos checos la ocasión de ver por la vez primera un español auténtico. «En estos momentos—me decía nuestro ministro en aquella capital—creo que es usted, fuera del personal de la Legación, el único español que hay en todo el territorio de la República.»

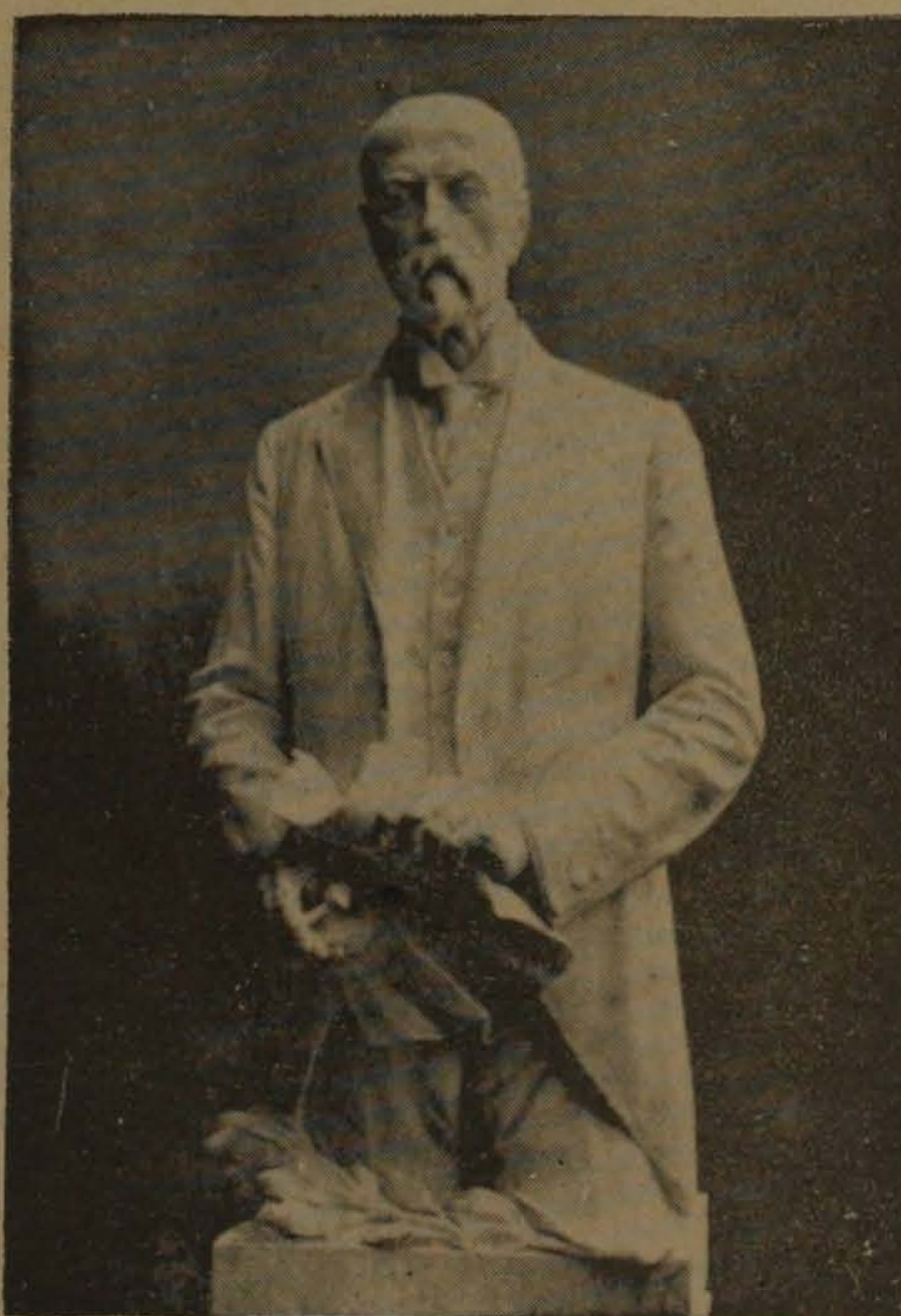
Sin embargo, en una de las calles más céntricas de aquella inolvidable ciudad, una de las más bellas del mundo, pude leer, sobre una placa con nuestros colores nacionales, este rótulo: *Círculo Español*. Había en Praga un *Círculo Español*, hoy transformado y ampliado, donde se reunía un grupo de checos, entusiastas hispanófilos, interesados por nuestro idioma, nuestras letras, nuestra historia.

Ellos nos conocen mucho mejor de lo que nosotros les conocemos a ellos. ¿Por qué no habría de existir aquí un núcleo análogo de españoles cultos que se interesaran por un país como aquél, donde hay tanto que admirar y que aprender? Ahora, precisamente, para

Un maestro de la democracia

## El Presidente Masaryk

—De *El Sol*, Madrid, 8 de marzo de 1929—



Estatua del Presidente Masaryk, en el Parlamento checoslovaco, Praga.

Por Jan Stursa.

fomentar el conocimiento recíproco y las relaciones entre ambos pueblos, se ha constituido en Madrid una agrupación de amigos de Checoslovaquia.

Bajo sus auspicios y los de la Sociedad de Amigos del Arte, se inaugura aquí, uno de estos días, la Exposición checoslovaca de grabados y de libros. Comprobaremos, con ella, que esa nación va a la cabeza del mundo en dos cosas, que son, quizá, los más seguros exponentes de una civilización refinada: el gusto estético y la perfección de la técnica. No en balde, ya en el siglo XVI, tenía fama Bohemia de poseer las mejores imprentas de Europa...

Pero volvamos a la conferencia del eminente doctor Kybal sobre los *Sokoles*. La voz *sokol*, que en checo significa *halcón*, es un nombre tradicional, aplicado a los miembros de ciertas Sociedades gimnásticas tan importantes, que en aquel país cuentan hoy con medio millón de afiliados. Su mayor valor consiste, tal vez, en que en ellas el ejercicio físico, el sano deporte, tiene un sentido moral, nacional, humano. Para un verdadero *sokol*, el deporte nace de un ideal del espíritu y lleva también a un ideal espiritual como finalidad última. «En los ejercicios del cuerpo—decía Platón en su *República*—se pondrá la juventud más bien a aumentar su fuerza moral que acrecentar su vigor físico.»

Ilustró su disertación el ministro de Checoslovaquia con la proyección de una película, tomada de una fiesta de los *Sokoles*. Veíanse en ella desfilar por las calles de Praga cien mil gimnastas, hombres y mujeres, muchachos y viejos, llevando todos en la típica gorra la simbólica pluma del halcón. Se les veía evolucionar rítmicamente en aquel enorme estadio, de cerca de un kilómetro de longitud, ante una muchedumbre innumerable. El espectáculo era, en verdad, grandioso.

De pronto, en la cinta cinematográfica, apareció la figura venerable del Presidente Masaryk, que ocupaba su sitio en la fiesta. Modesto, sencillo, bondadoso, sólo imponía respeto por su aire inconfundible de alta nobleza intelectual. Una frente muy grande, una barba blanca, unos ojos profundos tras los cristales de los lentes; un rostro austero de filósofo... Recordamos a aquellos maestros españoles, Salmerón, Azcárate, Giner de los Ríos... Y el público que llenaba el paraninfo de nuestra Universidad Central, compuesto en su mayoría de jóvenes estudiantes, rompió en un aplauso espontáneo y fervoroso.

Otra vez volvió a aparecer en la película el Presidente Masaryk. Se le veía contemplando el magno espectáculo deportivo en compañía de sus nietos. El aplauso del público español volvió a sonar tan caluroso como antes. No todos los presentes, sin duda, conocían las ideas y la obra de Masaryk. Pero, instintivamente, habían percibido en la figura de ese anciano al varón de pensamiento y de conciencia, para quien la filosofía no es sólo

una doctrina, sino una vida; al profesor ilustre, para quien la Ética es acción, y al ejemplar gobernante, para quien la política es Moral; al hombre extraordinario, que es guía de una nación y maestro universal de la democracia.

Tomás Masaryk es, ante todo, una personalidad armónica. Ya el gran Comenio, gloria histórica la más alta de la nación checoslovaca, soñaba en el siglo XVII con un sistema de universal armonía, y lograba unir en su mente genial el idealismo extremo, exaltado, místico, y el estricto método científico de observación y estudio de las realidades concretas. Como el autor de la *Didáctica Magna*, es también Masaryk un idealista realista para quien la realidad no tiene sentido más que interpretada a la luz del ideal, y el ideal sería una palabra vana si no lo buscáramos en las entrañas mismas de la realidad positiva.

Por eso, su filosofía, según él mismo afirma, consiste fundamentalmente en una especie de realismo crítico. La crítica es la reacción del espíritu frente a los datos meramente objetivos que la experiencia nos ofrece. Reacción total del espíritu humano. No sólo de la razón aislada, sino del espíritu, que, en unidad o *sinergia*, abarca razón, sentimiento y voluntad. Así, Masaryk, alma de eslavo y, a la vez, pensamiento disciplinado por la cultura de Occidente, junta en su doctrina el positivismo rigurosamente científico y un espiritualismo ético y religioso.

Personalidad armónica, como antes apuntábamos. Es librepensador y es creyente. A la fe ciega sustituye la íntima convicción. Todas sus palabras, su vida entera, están impregnadas de religiosidad. Hombre de acción, hombre práctico, hombre de gobierno, siente, empero, que, cuando actúa, actúa en la presencia de Dios. Lleva a Dios en el fondo del alma. Pone en cada obra, en cada minuto, una serena emoción de eternidad. «No vivas—dice—ni ocioso ni agitado, porque tú eres eterno»... «Si mi alma es inmortal—añade en otro lugar—lo es ya desde esta misma existencia; no sólo después de la muerte, sino desde ahora, en este preciso instante»...

No admite, sin embargo, Masaryk ningún dogmatismo confesional. «Lo que hoy necesitamos—afirma—es una religión más alta que corresponda a nuestra ciencia teórica, a las tendencias prácticas de la moral contemporánea, a las anheladas reformas sociales y políticas, con un espíritu verdaderamente democrático»...

«Pero ¿es posible—se pregunta—una religión no revelada, no teológica?»

«He ahí mi respuesta: ¡Sí; es posible!»

Como hemos visto, enlaza Masaryk la democracia—«un espíritu verdaderamente democrático»—con sus ideas totales, supremas, religiosas. En su visión armoniosa, *sinérgica*, la política no es una actividad aislada, sino que vive en conexión estrecha con la ciencia y con la moral. «El espíritu democrático es una concepción total del mundo que proclama los principios de una igualdad, no sólo económica, sino también espiritual, moral y religiosa».

Para el ilustre Presidente de la República checoslovaca, la democracia, como la libertad, no es un principio que comience a envejecer, ni que pueda pasar de moda. Por el contrario, es una idea del porvenir, todavía en formación, no plenamente desenvuelta ni realizada. «Veo en una revolución de los cerebros, en una revolución filosófica, la condición indis-

pensable de la democracia moderna». El parlamentarismo no sería entonces un final, sino un comienzo en este período histórico de la política. «La revolución en el verdadero sentido de la palabra—sostiene Masaryk—, tal como la desea el moderno demócrata, consiste en hacer que el pueblo esté preparado para tomar en sus manos las riendas del poder administrativo, de la Constitución, y el parlamentarismo no es más que el principio de esta transformación todavía no terminada».

Como demócrata liberal, es partidario de la socialización, que ha defendido en sus mensajes presidenciales, y es adversario del bolchevismo dictatorial de Rusia. Cabría llamar a Masaryk, en el más amplio sentido, un socialista independiente. Hijo de humildes aldeanos de Moravia, conoció desde la infancia la dureza de la labor manual y la vida del taller. Niño, fué aprendiz de cerrajero. Adolescente, según él mismo ha referido, trabajaba como herrador. Luego, profesor insigne, estudió concienzudamente a Marx y a los teóricos del socialismo. Hoy, jefe del Estado, habla a los obreros con la paterna franqueza de quien, en el más puro fondo, comparte sus preocupaciones y sus anhelos.

La transformación económica y social en un Estado libre, en una nación moderna, debe realizarse sin violencia, sin sangre, por los caminos jurídicos. Afirma Masaryk, comentando a Carlos Marx, que el propio autor de *El Capital* reconocía que ciertos países, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos, acaso también Holanda, podían llevar a cabo su revolución por las sendas de la paz. Después, Engels declaró que Alemania se hallaba capacitada para efectuar la revolución, no por la fuerza, sino mediante la obra del Parlamento.

«En Petrogrado y en Moscou he atravesado las calles bajo una lluvia de proyectiles», decía en 1920 Tomás Masaryk, ya Presidente de la República, en una arenga a los mineros, recordando la época en que fué testigo presencial de la revolución bolchevique. «En Kiev, las balas y la metralla rebotaban en mis ventanas. No tuve miedo, no tengo miedo a ningún revolucionario»... «Pero aquí, en Checoslovaquia, donde, gracias a vuestra organización, podéis tener la mayoría en el Gobierno, un movimiento revolucionario carece de sentido»... «Porque, en fin, vosotros,

socialistas, que sois la mayoría de la nación, tenéis la mayoría en el Gobierno...»

Personalidad armónica, pero al mismo tiempo espíritu avanzado, reformador. Ardiente patriota, que todo lo sacrificó por su país, identifica, sin embargo, el amor a su patria con el amor a la Humanidad. Cabalmente el ideal humanitario, predicado por Dobrovsky y por Kollar, fué el alma del renacimiento checo. «El ideal humanitario—agrega Masaryk—da enteramente su sentido a nuestra existencia nacional». Por eso, la nueva República checoslovaca debe colocarse a la cabeza del progreso del mundo. «Concentramos todos nuestros esfuerzos—dice su Presidente—para hacer de nuestro Estado una fortaleza de la libertad en el corazón de Europa y una avanzada de la democracia hacia el Este».

Tal es, en sus líneas principales, el pensamiento de Tomás Garrigue Masaryk. Más de una vez, hablando de él, se ha evocado el recuerdo de Sócrates. Ciertamente es que Masaryk parece encarnar el platónico ensueño de una edad en que los gobernantes sean filósofos o los filósofos sean gobernantes. ¿Quién sabe?... Esa aspiración no ha de entenderse al pie de la letra... Tal vez, un gobierno de profesores resultara muchas veces una desdicha. Lo mismo, probablemente, que una filosofía ministerial. Mas cuando, por rara fortuna, las cualidades excelsas del verdadero filósofo y las no menos extraordinarias del verdadero gobernante se dan reunidas en una sola persona, aparece entonces el hombre excepcional, capaz de unir ideal y realidad, doctrina y práctica, meditación y acción, religiosidad y positivismo, moral y política, eternidad y actualidad, libertad y autoridad, democracia y jefatura...

Puede, en tal caso, ese hombre genial, como Masaryk, resucitar una patria bajo la losa de una secular dominación extranjera, forjar en el fuego de una guerra mundial un nuevo Estado, presidirlo luego sin interrupción, durante más de una década, y, en medio de las confusas luchas de las naciones, de los partidos, de los encontrados intereses, permanecer siempre fiel a la vocación del sabio, formulada en las palabras de Huss, el héroe checo, mártir de la libertad de conciencia: «¡Busca la verdad, escúchala, apréndela, ámala, dila, síguela, defiéndela hasta la muerte!»

L u i s d e Z u l u e t a

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

| CERVEZAS                                              | FABRICA:                                                                                           | SIROPE                                                |
|-------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------|
| ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA. | KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA. | GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC. |

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas  
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

# Capítulo primero de una novela que Carlos Loveira dejó a medio hacer

**M**AL negocio este gran hotel *Ile de France*, recientemente abierto al público a mediados del Boulevard St-Michel. Dos ascensores, seis pisos, veinte empleados de oficinas y doscientas habitaciones con baño, es demasiado para una clientela de turistas snobs, capaces de cambiar el París céntrico, por este otro del Barrio Latino, que naturalmente ya no pasa de ser un Barrio Latino de pandereta. Por eso los veinte empleados, faltos de mayores ocupaciones, son veinte adivinos de las menores ansiedades ajenas; veinte solícitos cazadores de las innumerables propinas que no caen dentro del consabido diez por ciento. Por eso, también, Juan Elías Cartaya, abogado recién salido de la Universidad de La Habana, puede darse el lujo de meterse en el *Ile de France*, con su francés de academia nocturna y su carta de crédito por ochocientos dólares.

Le hizo la recomendación del hotel una francesa, conocida en el tren de St-Nazaire y que creía hablar español, porque ella y el perrito que la acompañaba habían estado un año en Buenos Aires:

—Es un hotel macanudo, pego que cobra bagato, porque los extranjeros tienen que gastar mucha plata en taxi, cada vez que se mandan mudar.

Exacto. Solamente lleva dos días en París. Le han pasado no menos de diez veces por el *Café de la Paix*. Le han sacado cada noche, a las dos, de las callejuelas afluentes del Boulevard Montmartre. Y la mitad de los francos adquiridos en La Habana, para los primeros gastos, se le ha ido en este extenso e intenso vaivén de taxis.

De un taxi desciende ahora, a la puerta del hotel. El portero, un fornido manco de la Guerra (uniforme y cruces rutilantes) se apresura a abrirle la portezuela. Espera a que termine la operación del pago al chauffeur. E inmediatamente, con su más expresiva y ceremoniosa gesticulación profesional, conduce al joven a la presencia de otro empleado (americana negra y rayado pantalón de chaqué) quien no menos ceremonioso y expresivo le entrega un telegrama. El telegrama está en francés. Lo adivina el manco, y como ya hace rato que también tiene adivinada la procedencia *sud-américaine* del destinatario del mensaje, se le acerca más aún, e indicándole una joven empleada (traje sastre azul marino y niquelados flejes de telefonista en la blonda melena) le dice, con su más lento y claro francés:

—Aquella señorita es de cerca de la Argentina, y habla español. Si usted no entiende bien el telegrama...

—¿De veras? —interroga, en español; es decir, hablando consigo mismo.

Y parte rectilíneo hacia la joven empleada, repitiendo:

—¿Es posible? ¿Lo único que vale en todo el hotel?

—Oui, Monsieur. Oui.

Al verle llegar, con el telegrama en la punta de los dedos y la vista fija en ella, la joven suelta flejes y cordones, y se adelanta a recibirle en la especie de mostradorcito que limita la reluciente oficina telefónica:

—Monsieur...

—¿Usted habla español?

—Sí.

Tan seco ha sido el monosílabo, que él duda:

—Pero... ¿Bien? ¿Lo lee?

—Soy cubana.

—¡Vamos! ¿Además?

—¿Cómo además?

—Sí.—y sonríe intencionado—Además de... mí; porque yo también soy cubano.

No responde ella. Al contrario, se muestra inquieta, como deseosa de cortar el diálogo. Y él agrega:

—Pues, ese glorioso mutilado me ha dicho que usted es de cerca de la Argentina...

—¡Figúrese! ¡Estos franceses...!

—¡Es verdad! ¡Son notabilísimos! Ya me ha pasado. Sólo llevo dos días...

—Sí. Comprendo. Pero, perdone. Ya nos están observando con mala cara; porque las empleadas no podemos hablar tanto con los huéspedes.—¿En qué puedo servirle?

La advertencia ha sido dulcificada con una leve sonrisa, y él se apresura a reportarse atentísimo:

—¡Oh! Excúseme. Sólo deseo que, si puede, me traduzca este telegrama. Mi francés se ha quedado a medias. Casi no entiendo más que la firma, porque está en español...

—Bueno. Démelo.

—¿Espero aquí?

—No. En su cuarto. Se lo mandaré con el garzón.

—Bien. Gracias.

—No hay de qué.

Y corre a sus timbres y cordones:

—Haló! Haló!

A la vez que él, sin dejar de avalorarla, de arriba abajo, frutivamente, hace una lenta curva, camino de los ascensores.

Ha venido a la hora del almuerzo, para aprovechar una espléndida *table d'hôte*, que el *Ile de France*, con todas sus campanillas, da por veinte francos de la post-guerra. En el ascensor, entre dos yanquis, uniformados a lo Barrio Latino: chambergo, melena y chalina, y en su cuarto, mientras espera la traducción del telegrama, haciéndose una breve *toilette*, prealmuerzo, su pensamiento va, en nerviosa excitación, de Federico Maribona, el remitente del telegrama, a la rubia del teléfono, y de ésta a Federico Maribona. Maribona está en Bruselas, y según le ha parecido entender a Juan Elías, sale no sabe éste cuándo, para reunirse con él en París. ¡Ojalá que no sea en seguida! Porque tiene grandes deseos de hallarse con su compatriota, su único fuerte amigo en Europa, y como él empujado de Cuba, por tropicales razones de Estado. Pero la rubia, cubana y en Francia... ¡Qué no venga tan pronto Maribona, Nuestra Señora de... París!

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Porque, de hoy no pasa. La llamará por teléfono; le mandará una esquelita, invitándola para ir juntos al teatro; la esperará, sentado en el café contiguo al hotel, toda la tarde... Pero, a la vez ¿qué hará ése en Bruselas? ¿No estaba adscrito a la Legación de Cuba en París? ¿Y cuándo dirá que llega?

—Si llega hoy, se fastidia. Esta muchacha no sale del hotel sin que yo le hable.

Frente a la luna del armario, se arregla esmeradamente la corbata. Sin darse cuenta de ello, se queda un minuto observándose. Ha engordado durante el viaje. Debe pesar lo menos ciento cuarenta libras. Hasta se hace la ilusión de encontrarse más alto, lo cual no es más que el absurdo deseo de salir, aun, de hombre más bien bajo; deseo que le desazona cada vez que se estudia físicamente. El biggito negro le está ahora, en Francia, muy bien. En Cuba era objeto de ataques y cuchufletas de parientes y amigos. ¡Hombre! ¡A los veintitrés años! Pero él se defendía el mostacho; porque lo estimaba conveniente para darle algún sello de virilidad al rostro, de grandes y rasgados ojos negros, y epidermis trigueñorosa, extremadamente fina; de señorita con buen cutis. Mientras se partía en dos el pelo, muy negro, brillante y naturalmente ondulado, no dejó de pensar: ¿Será por el contraste, que yo no puedo resistir ese aire de dulzura y espiritualidad que tienen las rubias? ¡Qué cara, la de esa muchacha, para quien, como yo, está tan lejos de su tierra, y con una murriña, que ni París me parece que va a acabar con ella!

Suenan pasos, en la orilla, no alfombrada, del pasillo. Suena el timbre del cuarto. ¡La traducción del telegrama! Se le olvida la frase sesámica, en francés. Turbadísimo la dice en inglés:

—Come in.

Entra un joven y espigado garzón, de uniforme profusa y brillantemente abotonado, con un sobrecito azul:

—Voilà, Monsieur.

Elías da un franco de propina; impaciente rasga el sobre, que contiene el telegrama y la traducción, y mientras sale el botones, lee ávido:

Juan Elías Cartaya

*Ile de France*  
París.

Enterado tu llegada pedí dirección Legación  
para decirte me esperes hoy Hotel comer juntos.

Maribona

—Adiós, demonio!

Se da dos nerviosos paseos por la habitación, como si en realidad existiese algún problema, más allá de sus deseos. Lo advierte en seguida, y se replica a sí mismo:

—Pero, esto lo sé yo ahora mismo.

Va al teléfono, y resueltamente descuelga el receptor:

—Oiga.

—Haló!

—Soy yo, señorita. Cartaya. Estoy muy agradecido, y no quiero conformarme con sólo darle las gracias. Me tiene que admitir un regalito; una pequeña compensación por la molestia.

—Bueno. Unas flores, o unos bombones. Nada más. Pero no aquí.

—Flores y bombones. Las dos cosas. ¿Adónde se las llevo?

—No. Las dos cosas no. Lo que le he hecho nada vale, y si lo acepto es para terminar; porque ya le dicho que no podemos hablar tanto

en el hotel. Espéreme en La Rotonda, a las tres y cuarto.

Y mientras él tuerce el antebrazo, para ver la hora en el reloj-pulsera (las dos y diez) le dejan bruscamente aislado, con un fuerte martillazo en el tímpano.

—¡Me colgó!—dice en criollo—¿Habré arrancado con demasiada velocidad?

Y desde tal hora, ostensiblemente se le declara esa fiebre inicial del juego amoroso, que con la natural irresponsabilidad de todos los azares humanos, puede conducir, a cualquier hijo de vecino, hasta el sonido trece de todas las escalas morales y legales.

Los síntomas, naturalmente, son ideas y acciones, nerviosísimas. ¡No! Desde el momento en que ella le ha dicho «No puedo hablar con usted en el hotel», se debe sobreentender que fuera del hotel, sí. Para corroborarlo, ahí está la cita. Y si ha habido demasiada audacia por la parte de él, un poco de prudencia, en lo sucesivo, puede remediar el caso. Lo importante (se apodera del sombrero) es ir, en seguida, a buscar las flores, en una tienda, plena y fragante de rosas, claveles y crisantemos, que ha visto más de una vez, entre el hotel y el café La Rotonda. Después (sale, dejando tras de sí el estampido de un portazo) comprará los bombones, en cierta lujosa confitería, con unas estupendas dependientas, situada un poco más acá, o más allá, de la casa de las flores. Ahora, al bajar (y ya está frente a la reja de los ascensores) no mirará, aún a costa de un gran esfuerzo, hacia el rincón de los teléfonos. Desciende; atraviesa el vestíbulo en línea recta; recibe la adúltera curvatura cervical del manco matizado de medallas y cintajos, y toma Boulevard arriba. Pero... ¿En verdad habrá estado excesivamente agresivo? ¿O su actitud es la que da la naturaleza del lance, por sí misma? ¿Será París la causa de este impulso de conquista, que él nunca ha sentido y menos realizado hasta ahora? ¿Le habrá llegado la hora primera de enamorarse? Contestaciones no faltarían si Maribona fuese ahora, con Cartaya, por aquí, por estas amplias, limpias y alegres aceras del Boulevard. Aunque Maribona le vendría con una definición del amor, que ya Cartaya le ha oído en Cuba, entre sus más notables síntesis de hombre amargado.

—El amor sólo es deseo de aproximación sexual, más o menos consciente, más o menos adornado con líricas sensiblerías. Prueba concluyente, que en eso, como en el baile, que es su remedo, dos personas de un mismo sexo no sirven.

Pero diga Maribona lo que quiera, con este motivo, o con el mortificante de no hablarle en el hotel, lo cierto es que esta rubia está colosal. Ahora, lo primero es ir sutilmente hacia el despejo de la siguiente X: ¿Tendrá marido o amante? ¿Será sólo una honesta hija de familia? O como interrogaría sarcástico Maribona: ¿Una virgen en París? Bien. Soltera o casada, si acepta un paseo en *taxi*, está escrito: Maribona come solo esta tarde. ¡Y que el día se presenta hermosísimo para el paseo! Boulevard abajo, hasta el multitudinario cauce de los Campos Elíseos. Después, el bosque, claro, soleado, policromo, en plena y verdadera tarde de comienzo de verano. Y por último, lo que ella proponga o acepte. Pero, ¡hombre! Para eso debió dejarle un papel escrito a Maribona, con alguna excusa y nueva cita. Debíó y debe. Consulta el reloj. Es cerca de las dos y media. No. Tiene que comprar las flores y los bombones. Vendrá después, haciendo un

## ROGELIO SOTELA

### ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en el Pasaje Dent

#### TELÉFONOS:

2349 OFICINA

2208 HABITACIÓN.

paréntesis en la compañía de la muchacha. Decidido. Máxime, porque ya está frente a las flores. Entra. Una de las estupendas floristas, rubia, de buenas carnes y buen modelado, le atiende como a turista joven que compra flores. De allí sale Cartaya con un manojo de crisantemos. De la confitería, como hombre que tiene el sentido de la medida, sale con un estuche de bombones de treinticinco francos, que en la equivalencia con el dólar, siempre en la mente del recién llegado, no llega a peso y medio. Una cajita, con forro de seda, delicadamente estampada de lila y violeta. Advierte, de pronto, que se pueden reír de él, cuando se presente con su romántico cargamento en el babilónico café de Montparnasse. Pero también de pronto recapacita. En París nadie se ocupa del prójimo, aunque el prójimo se eche encima un jardín entero, o se ponga la Torre Eiffel de alfiler de corbata. Le vienen a la mente diez ejemplos observados en sólo dos días: los enamorados se besan y abrazan, en plena calle, como estrellas de Hollywood en final de película, cuando no hacen frescos de Pompeya, con la mayor frescura, en los cétricos Jardines de las Tullerías o en los bancos, a media luz, de los Campos Elíseos.

Llega a la Rotonda. Como es temprano, quedan algunas mesas sin parroquianos, en la anchísima acera ocupada casi hasta la orilla, por seis nutridas filas de sillas y mesas. Se sienta cerca de la entrada, y coloca los obsequios, cuidadosamente, en un próximo asiento. Una vez sentado, esparce una mirada circular por la estafalaria concurrencia, vista ya la noche anterior. Acaso por la influencia vanguardista del medio ambiente, el espectáculo, pleno de movimiento y colorido, se le presenta en planos inclinados, que convergen hacia él. La sensación es la de vértigo, propia de cuatro horas de domingo en un museo. La sensación por él experimentada, el día anterior, en su primera zambullida en El Louvre: confusión de tipos cosmopolitas; paredes atestadas

de cuadros de todos los tamaños y escuelas; impresión de que el ambiente está poblado de sandeces verbales; trepidaciones del cercano Boulevard, cada vez que pasa el trueno de un tranvía o el bramido de algún ómnibus, ventrudo y mastodóntico; rayas, zigzags, vertiginosa mezcla de colorines, en los cuadros, las copas de licores, los conos de helados, los sombreros y los labios de las mujeres. Un garzón le corta el vértigo:

—*Monsieur...*

—*Porto rouge*—que es lo único que, sin titubear, sabe pedir en francés.

Consulta el reloj. Las tres. Falta un cuarto de hora, para la de la cita, y ya hasta teme quedarse con las flores y los bombones. Y los crisantemos, ni para Maribona. El oportuno le pone cerebro amplio, cálido, optimista. No quiere preguntarse si está enamorado; porque quien espera mujer «nueva» se halla polarizado de toda filosofía. Ese, siente. Y Cartaya es ahora un acumulador de sentimientos expansivos. Ya se sabe: visión más intensa de todas las cosas, nuevo sentido de la vida, sensación de ser el centro y la finalidad de todo el Universo perceptible e imaginable. Las tres y cinco. Apenas le distraen, ya, fugazmente, aquellas figuras de guardarropía que le rodean: Foujitas en canuto, en cada grupo de japoneses más o menos famélicos; caricaturas de feroces Lenines, en cada mesa de de hidrófobos patilludos; Rodolfos, de cochambrosos chambergos y melenas, que avanzan con sendas Mimís del brazo, ostentando la pipa y el gabán anaacrónico, como si fuesen a romper con el *Racconto*, al llegar a las bombillitas del multicolor anuncio lumínico. Las tres y nueve minutos. Ahora oye hablar en español. Son revolucionarios inéditos, que parecen escapados de una crónica, 1898, de Luis Bonafoux: gorras y cordobeses, embetunados por el uso interminable; churroso pañuelo al cuello, para encubrir la falta del *idem*; pantalones y chaquetillas, apretaditos, como en corro de monosabios y toreros. ¡Toreros revolucionarios! Están todos, (diez o doce) reunidos en torno de un anciano, magro, de barba cerrada y destenido traje negro, a quien llaman El Maestro, mezclando el título y las frases más reverentes, con las más crudas desvergüenzas castellanas. ¡Qué mala pata! Si tendrá que irse, Cartaya, de esta mesa, ahora que apenas queda otra desocupada. Las tres y diecisiete. Llegan los músicos del café. Llegan, constantes, los grupos de inmortales ignorados. Se hace tarde, tardísimo.

¡Pero, ahí viene!

Carlos Loveira

(Concluirá en la próxima entrega)

## Entre buenas amigas

Decididamente he encontrado el mejor medio de hacer mis compras, decía una señora a sus amigas.

No tienen Uds. más que ir a la **Tiendita**, que es la tienda de confianza para Señoras, y pedir una acción del Club que se está formando y les dará toda clase de facilidades.

Las mercaderías las renuevan constantemente y los precios, muy ventajosos. Si Uds. quieren las mercaderías, yo las recomiendo y así pueden retirar desde la primera cuota que pagan.

**Cuando el astillero lanza al mar un barco** parece como si se quedara gestando el sucesor. Las rutas saladas pueden de pronto tragárselo y el tráfico interoceánico no ha de sufrir ningún retardo. Esta idea del astillero, de la nave y del mar ha venido a nuestras reflexiones ante el monumento de don Juan Mora Fernández. Es ahora un barco que zozobra y desaparece.

El país no arrendó a nacional o extranjero predio alguno para asentar la figura del ciudadano que un día concibiera una república en goce de todos sus derechos. Eligió un sitio público reconocido así por decretos y por el cariño de los costarricenses que se habituaron a moverse dentro de él libres de toda opresión. Creyó así rodear de una paz y de un respeto altísimos la memoria del varón de claro entendimiento de los destinos de un país. Le ofreció uno de sus mejores sitios, soleado y lleno de aire, libre de todo gravamen, con acceso por todos los costados.

Ah! pero no dijo al donar esa plaza a la memoria egregia de don Juan Mora Fernández, ante Notario y con mandato de inscribir la limitación en los tomos del Registro de la Propiedad, que había la prohibición de cargarla de servidumbres. Confió en que los hombres que se dicen sus representantes tendrían el honor de no profanar la donación. Los juzgó honrados y se equivocó.

El paraje público fué enajenado en su costado Norte a una compañía extranjera que tuvo como en ocasiones anteriores, el buen sentido de pedir por boca del criollo convertido a su servicio. Y allí está humillada la estatua del prócer. El cercado metálico con que la United Fruit Co. aisló la mitad de la plazoleta Mora Fernández para servidumbre desgraciada de un hotel pega casi con el mármol del monumento. ¿Quién no se duele e indigna de la forma en que se ha degradado el sitio que el país dedicó lleno de veneración a don Juan Mora Fernández? Sobre de uno de los mármoles vemos una hendidura profunda que ha ido

## Estampas

coloreando de verde el destilar del metal en que está fundida la figura del fundador de la República.

Es como la herida abierta apenas descubierto el monumento a la visión de los costarricenses, en presagio del bochorno que ahora afrenta a ese paraje que fué público y sagrado para la planta que lo transitara libremente.

Astillero, nave y mar. Naufraga el monumento de don Juan Mora Fernández, enajenada la plazoleta por la codicia del criollo, a la United Fruit C.<sup>o</sup> Pero en el corazón mismo de la capital, en otro sitio consagrado público, esto es, para que todos transitemos por él libremente y sorbamos el aire y nos anegemos en sol sin vigilancias ni afrentas, el país levanta otro monumento a otro prócer. Asistimos a su inauguración y vemos cómo han regado banderas y llenado el ambiente de cierta majestad. Las aguas de la espectación pública van a recibir un barco que reponga al que naufraga fatalmente en las vecindades del hotel de la United Fruit C.<sup>o</sup> Aguas estancadas e inseguras. No confiemos a ellas el recuerdo de nuestros hombres superiores. Mañana, cuando el volumen culinario del club vecino exija el aprovechamiento de la plazoleta que hoy dona el país al recuerdo de don Juan Rafael Mora, dictarán los dirigentes el decreto que despoje al varón costarricense del terreno sobre el cual se asienta en libertad provisional el monumento glorioso.

**Es tenaz la fascinación que la política** ejerce sobre los hombres en quienes ha hecho aletear alguna gloria. Descienden de las posiciones públicas elevadas y siguen viendo delante de sí horizontes de posibilidades innúmeras. Lloyd George a los 63 años es uno de esos hechizados. Lo atrapa el fotógrafo con los bra-

*Juan del Camino*

Cartago y Abril 1931.

zos extendidos en cruz, una cruz medio derren-gada, muy abierta la boca, fruncido el ceño, los ojos casi cerrados, la papada estrujada por la mandíbula. Pronuncia un discurso en la campaña que está agitando a Inglaterra. Son los tres partidos que se disputan el honor de regir a la nación. Lloyd George aboga por el Liberalismo aspirando a reconquistar la mansión de Downing Street. Una especie de orden de deshaucio inapelable contra el conservador Baldwin.

Es ya una ancianidad este Lloyd George. La política lo hechizó y no ve el repudio que Inglaterra le ha hecho entregando por muchos años el usufructo de Downing Street a Baldwin. ¡Con la exactitud con que caracteriza Gracián a estos políticos! «Que hay imágenes viejas, de adoración pasada, que no se les hace ya fiesta, figura del descarte, barajadas de la fortuna.»

Inglaterra necesitó a Lloyd George durante el período de la Guerra y le dió honores y poder. Fué la imagen a cuyo alrededor se quemó el acatamiento de un pueblo dementado por la catástrofe bélica. Él, en cambio, debió de reflejar lo más luminoso de su mente sobre todos los problemas que la lucha hacía afrontar al reino en conmoción. Cumplió su tarea y cuando Inglaterra sacudió el arnés que la sujetaba al torbellino, con él tumbó como cosa anticuada al gran político de la hora. Allí empezó a ser figura de ese gran descarte de la post-guerra.

Pero de hecho tan evidente no quiere darse cuenta el político y a los 63 años se echa a los sitios públicos a gesticular en demanda de votos.

La política empecina a los hombres que ha halagado, creándoles el engaño de que su hora iluminada es siempre la que van viviendo. Son «barajadas de la fortuna» y si una aberración de los pueblos les da de nuevo gobierno, no hacen juego alguno. Pero Inglaterra es inflexible en el repudio. Político a quien le pasó ya la hora es nada más que imagen de adoración pasada. ¿Qué fiesta, esto es, qué honores inherentes a una gran responsabilidad, va a hacerse al hombre cansado y árido de pensamiento?

## Noticia de libros

### *El Cancionero de Antioquia*

=De La Vanguardia. Barcelona, España=

LA República de Colombia es la nación que ha emitido más sellos de correo en el mundo. Un filatelista consciente que, armado de pinzas y de lupa, quiera reunir en su álbum las estampillas de ese país y clasificarlas con arreglo a la cronología y a los rigurosos cánones de la ciencia filatélica, tendrá que vencer dificultades semejantes a las que experimentaría un entomólogo o un botánico que como aquel célebre primo Bautista, de Julio Verne, se empeñase en clasificar y ordenar todas las variedades de los coleópteros o de las monocotiledóneas existentes en las selvas vírgenes América.

La imaginación se pierde en ese diminuto pueblo de cóndores, de serpientes, de atributos heráldicos, de banderas y de efigies arrogantes de Girardot, de José María Castillo, de Pola, de Pantaleón Ribon, y de aquel que

decía, arrodillado en 1810, ante la estatua de la Libertad, que se había puesto el gorro de la República francesa: «Imploro la libertad absoluta de los esclavos».

Colombia es, sin duda, un país eminentemente regionalista y, al lado de los sellos unitarios, pululan como insectos menores, las estampillas de sus Estados convertidos en departamentos. Antioquia, Boyaca, Cartagena, Cúcuta, Cundinamarca, Honda, Manizales, Medellín, Santander, Tolima y Tumaco, llevan un nuevo enjambre de cóndores, un nuevo retorcimiento de serpientes, una nueva falange de hombres enamorados de la libertad al álbum del paciente y meticuloso filatelista, que, probablemente, no conseguirá jamás ver com-

pleto su abigarrado pueblo de trocitos de papel, como el simpático primo Bautista no consiguió jamás atravesar con un alfiler los catorce coleópteros raros que a su colección faltaban.

Colombia es un magnífico país donde abundan tanto los sellos como los poetas. La poesía nace en Colombia de la misma entraña de la tierra, y, desde el negro Obeso hasta el inspirado cantor de las noches colombianas, Rafael Pombo, la lira de ese noble pueblo, nutrido de savia española, ofrece la más vasta y la más esplendorosa de las armonías.

Don Antonio José Restrepo, uno de los más ilustres literatos, no sólo de Colombia, sino de toda la América espléndida que habla en español, ha penetrado en el fe-

cundo corazón sonoro de su país y ha reunido, con una paciencia y una meticulosidad de filatelista literario, la múltiple y variada pululación de las canciones populares que viven en un solo departamento colombiano: Antioquia.

Esta obra capital, que constituye un modelo de trabajo folklórico, donde se hace alarde de una erudición tan profunda como la de un Menéndez Pelayo, un Rodríguez Marín o un Julio Cejador, está destinada a convertirse rápidamente en un libro de consulta para todos aquellos que gusten ahondar en el alma del pueblo americano, en la masa anónima de la literatura, ganga magnífica donde se ven lucir, de cuando en cuando, las chispas de oro de los grandes poetas.

\*\*\*

Cuesta mucho en España el dar beligerancia a las cosas de América. Conviene que

hablemos con franqueza y que reconozcamos lealmente que, a pesar de las frases cordiales, de los adjetivos amorosos, de la ceremonia diplomática, tenemos una sonrisa mal oculta de superioridad cuando cogemos un libro de un literato americano: es quizás algo ancestral que nos viene de los viejos conquistadores, de los bergantes arruinados y llenos de blasones que se iban a campar a sus anchas al Potosí. Adoptamos las más de las veces la postura de la abuela gruñona que, a pesar de que el nieto sea ya mayor de edad, se empeña en continuar viendo en él a un chiquillo pintoresco al cual no hay que tomarse demasiado en serio. A pesar de todo lo que se dice, hay que contestar que la literatura contemporánea de la América española es casi perfectamente desconocida en España y que en los escaparates de nuestras librerías no se ve jamás un solo libro editado en la América hermana. Si nuestros libros no interesasen más allá del Atlántico, armariamos un gran clamor, hablaríamos de incultura. Giménez Caballero volvería a plantear la cuestión de los meridianos, y la sorpresa de que ya no interesase nuestra literatura secular, nodriza de los americanos, sería general. Nos parece, en cambio, muy natural ese desinteresamiento nuestro por la literatura americana, a la cual dimos indudablemente una lengua y una tradición, pero que, ya adulta, ha adquirido una fuerza y un carácter propios. Esta fuerza y este carácter nutren constantemente el notabilísimo libro de don Antonio José Restrepo.

\*\*\*

Restrepo es una gran figura americana; más precisamente aún: es una figura característica de América. Su abuelo Juan José Restrepo fundó una ciudad: Concordia; su padre colonizó vastas tierras de montaña en el paraíso de Antioquia; nuestro autor fué echado al campo para aprender la agricultura y los duros padecimientos, porque aquellos compañeros de su cimarronería tenían órdenes perentorias de sus padres de hacerle hipar en toda laya de trabajos, cargar tercios de maíz y levantarse a medianoche a arrear en un trapiche desvencijado dos mulos pateadores.

## Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

*La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.*

*Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.*

|                                                    |          |
|----------------------------------------------------|----------|
| Vienen.....                                        | ₡ 755.50 |
| R.....                                             | 5.00     |
| Logia Virya.....                                   | 25.00    |
| X. X.....                                          | 3.00     |
| Alumnos del Colegio de San Luis.....               | 30.00    |
| Carlos Vicuña.....                                 | 20.00    |
| Enrique R. Lumen.....                              | 4.00     |
| Fabio Ramírez.....                                 | 2.00     |
| Escuela de Piedades Noreste.....                   | 4.00     |
| Elias Leiva.....                                   | 20.00    |
| Olga Rudin R.....                                  | 10.00    |
| Patronato Escolar de San Josecito de Alajuela..... | 5.00     |
|                                                    | ₡ 883.50 |

Querían sus padres hacerle nacer aborrecimiento a las cosas del campo para que se aferrase a los libros y hacer de él un intelectual. Él ya lo era de nacimiento y, cuando la ruina le llevó a trabajar a las minas de oro, fué otro metal más precioso el que buscó en el fondo de las galerías. A este período de su vida corresponde la formación de su gusto literario. Restrepo se pasaba días enteros sin ver el sol en el fondo de las minas de Antioquia, pegado

al taladro para reventar las rocas, o a las bombas para desaguar los apiques. Luego de la jornada, a cientos de metros en el fondo de la tierra colombiana, en el mismo corazón áureo de su país, se acercaba a un candil, se sentaba sobre los montones de cuarzo en la galería resplandeciente y leía la *Celestina*, el *Romancero*, Calderón, Quevedo y todos los poetas, buenos y malos de España y América. Y allí, en esa mina llamada del *Zancudo*, es don-

de oyó por la primera vez Restrepo, en boca de algún negro zahorí, los primeros versos nacidos espontáneamente en el mismo corazón del continente americano. Allí descubrió Restrepo un nuevo filón de oro, el del folklore antioqueño con las coplas de pelar de Carmen Lora del Tonuzco, de Indalecio Ortiz, titiribeño; de Martínez López, remediano y de aquellos viejos que fueron en sus mocedades gavilanes y almacenaron en su cabeza todo lo que constituía el saber del medio ambiente en que vivían y morían. La mística y la picaresca eran los dos polos de aquel mundo recóndito.

La prodigiosa memoria de Restrepo retuvo todo aquel filón folklórico. Ya en 1884, y hallándose en Europa, para matar el tiempo trasladó al papel los versos populares aprendidos en su juventud y formó dos tomos, de doscientas páginas cada uno, con sólo los versos populares de Surroeste y Canca.

Ahora, don Antonio José Restrepo, delegado de Colombia en la Sociedad de Naciones, ha publicado ese libro definitivo de folklore, que lleva por título *«El Cancionero de Antioquia, coplas populares antioqueñas, oídas, recogidas, anotadas y publicadas por un antiguo cultivador de tabaco y arrancador de mineral en los filones del Zancudo»*.

Este libro va encabezado con un largo estudio sobre la poesía popular en Colombia, que no dudamos en calificar de obra maestra, maravilla de estilo, de interés y de observación. Quizás es la pieza mejor que en lengua española se ha escrito, sobre la poesía del pueblo.

Acompañan a los versos notas interesantísimas llenas de jugo, de vida, de inquietud, de verdadera disección del alma del pueblo y de la historia americana. En todo el libro bulle y resplandece, además, una vida verdaderamente tropical.

En suma, se trata de un libro interesantísimo que pone a gran altura el ya esplendoroso nivel intelectual de Colombia; de una obra única que corona esplendorosamente la vasta labor de este ilustre escritor americano.

Mario Verdaguer



El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

y

La Sastrería

**La Colombiana**

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Opera-  
rios competentes para la  
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este del Cometa  
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

## El criollismo

¿QUÉ es el arte criollo, el criollismo? Parece mal que tratemos de las cosas sin definir las. Sin embargo, nadie define la luz del día y todos hablamos de ella y nos entendemos.

¿Arte criollo? El arte que pertenece y caracteriza a los criollos. Ahora, por Dios, no vayamos a confundir a los criollos con los indios aborígenes, ni menos con los africanos que la codicia trasegó a las playas del Nuevo Mundo. Criollo es el hombre de raza blanca nacido en nuestra América, sea el origen turco, sea ruso; sea la fe judía, sea mahometana, y lo mismo si el progenitor acaba de desembarcar hablando en *lunfardo* que si sus ascendientes llegaron con los descubridores castellanos, andaluces y extremeños hace cuatro siglos.

Pero todos nuestros hermanos — así provengan de Cam o de Sem o Jafet — pueden producir arte criollo. Les basta con sentirlo. Les basta con saber que todos somos uno y lo mismo. Les basta con abrir los ojos y dejar hablar el alma. Les basta con tener dentro del pecho un corazón americano y no un libro extranjero. Alejandro Dumas no necesitó ser un armiño para que resulte uno de los escritores más franceses de Francia.

Arte de intención personal, de intención social, de intención universal: eso debe ser nuestro arte.

\*\*\*

En español nos expresamos y nos queremos siempre expresar. Esta lengua maravillosa es el mayor de los presentes que debemos a la fortuna. Mayor que nuestras minas de oro, nuestros yacimientos de hidrocarburos y nuestros campos ubérrimos. Pero el criollismo no es purismo a la española, ni en espíritu ni en expresión. El criollismo es otro modo de ser escritor español.

De España salimos nosotros, y lo que de nosotros salga viene a ser, en alto sentido, hispánico. Pero el criollismo — hay que insistir — es otro modo de ser escritor español. Recuerdo esta frase que me escribió hace muchos años, a principios del siglo, Unamuno: «Nuestra len-

gua nos dice, desde allende el gran mar, cosas que aquí no dijo nunca».

Criollismo no significa incomunicación. Es liberación, revelación. Una manera para los americanos de llegar a nosotros mismos. ¿Desconocimiento de cuanto ocurra más allá de las fronteras? ¡Jamás! Pasaron los tiempos de Felipe II. Hasta un reaccionario a medias, como Barrés, puede ahora exclamar: «No me habléis de ese patriotismo, de ese amor que concluye en la frontera, porque ese amor se parece al odio».

Hay que conocer, y no sólo conocer, sino estudiar, todo lo extranjero. Todo, para no imitarlo. Conocerlo todo, para aprovecharlo sin seguirlo. Para ser amos y no siervos, hombres y no simios. Nuestros gritos son éstos: «¡Viva la libertad!» «¡Viva la independencia!» Simón Bolívar sigue siendo nuestro héroe.

El criollismo no es una simple manera de escribir; es un estado de espíritu. Un hombre de alma colonial no puede ser un buen criollo. El primer criollo de nuestros días no es un escritor; es simplemente un hombre. Se llama César Augusto Sandino.

\*\*\*

Saludemos al criollismo, que ha dado o tiende a dar una patria a nuestro espíritu. Con la patria intelectual se nos entrega, por añadidura, la universalidad.

El criollismo nos conduce por lo nuestro a lo universal. Porque, en definitiva, queremos ser eso: hombres y escritores universales. De todos. Para todos.

Nuestra estética será como el horizonte marino para el buque trasatlántico: un descubrimiento a cada aurora. De nuestras sensaciones y de nuestras ideas haremos una gota de esencia lírica; mejor mientras más intensa.

Puesto que somos cantores, buscaremos el secreto de la vida por la intuición del canto. Daremos al alma universal una voz; y desde la hierba hasta las constelaciones, desde la amiba hasta las multitudes, que todo nos revele su misterio, que todo hable por nuestra boca.

R. Blanco Fombona

(El Sol. Madrid)

## El poeta José Martí

y 3—Véanse las entregas 15 y 16 del tomo en curso

Dos conflictos centrales conmovieron a toda hora la vida de José Martí. Los dos producidos por la rara circunstancia de ser nuestro gran hombre, a la vez que genial, apostólico. Los dos nacidos del choque de su condición excepcional con el mundo vulgar—normal—a que dió sus tesoros. Poseedor de luz cegadora, se vió forzado a nublarla para no deslumbrar a los que debían transitar los caminos abiertos por su mano. Fundido en un ministerio amoroso, doliéndole en su espíritu «la gran pena del mundo» y el dolor de cada hombre, le tocó desencadenar sobre su patria infeliz la guerra y la muerte.

Estas vertientes de tan violentos y doloro-

sos declives integran el lecho de su ideario político y estético. La fuerza magna de aquella mente halló su empleo y su grandeza en los motivos y sugerencias, para ella infinitos, de estas fundamentales contradicciones. Con la divina inconsciencia del genio, pero con la clara conciencia del apóstol, resolvió Martí el dilema en que se debatía su anhelo vital: su maravilloso poder sintético le franqueó el sendero. El dolor de causar un mal para llegar al ideal de humana dignidad que lo obsesionó («cuando un mal es necesario, el mal se hace», dijo), se disolvió en aquel sentido primitivo, ingenuo, cósmico, de la vida que arranca en él «del contento de sí», de aquella comunión

mística y placentera con el universo que le hace preferir «el blando bullicio de su monte de laurel» a la «máscara y vicio» del corredor de su hotel civilizado:

Duermo en mi cama de roca  
mi sueño dulce y profundo.  
Roza una abeja mi boca  
y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras  
al fuego de la mañana  
que tiñe las colgaduras  
de rosa, violeta y grana.

El clarín, sólo en el monte  
canta al primer arrebol:  
la gaza del horizonte  
prende, de un aliento, el Sol.

La muerte, siempre presente o presentida en los versos martianos, sufre la fecunda contradicción, resuelta en la concepción cósmica y pagana:

No me pongan en lo obscuro  
a morir como un traidor,  
yo soy bueno, y como bueno  
moriré de cara al sol.

Yo quiero salir del mundo  
por la puerta natural.  
En un carro de hojas verdes  
a morir me han de llevar.

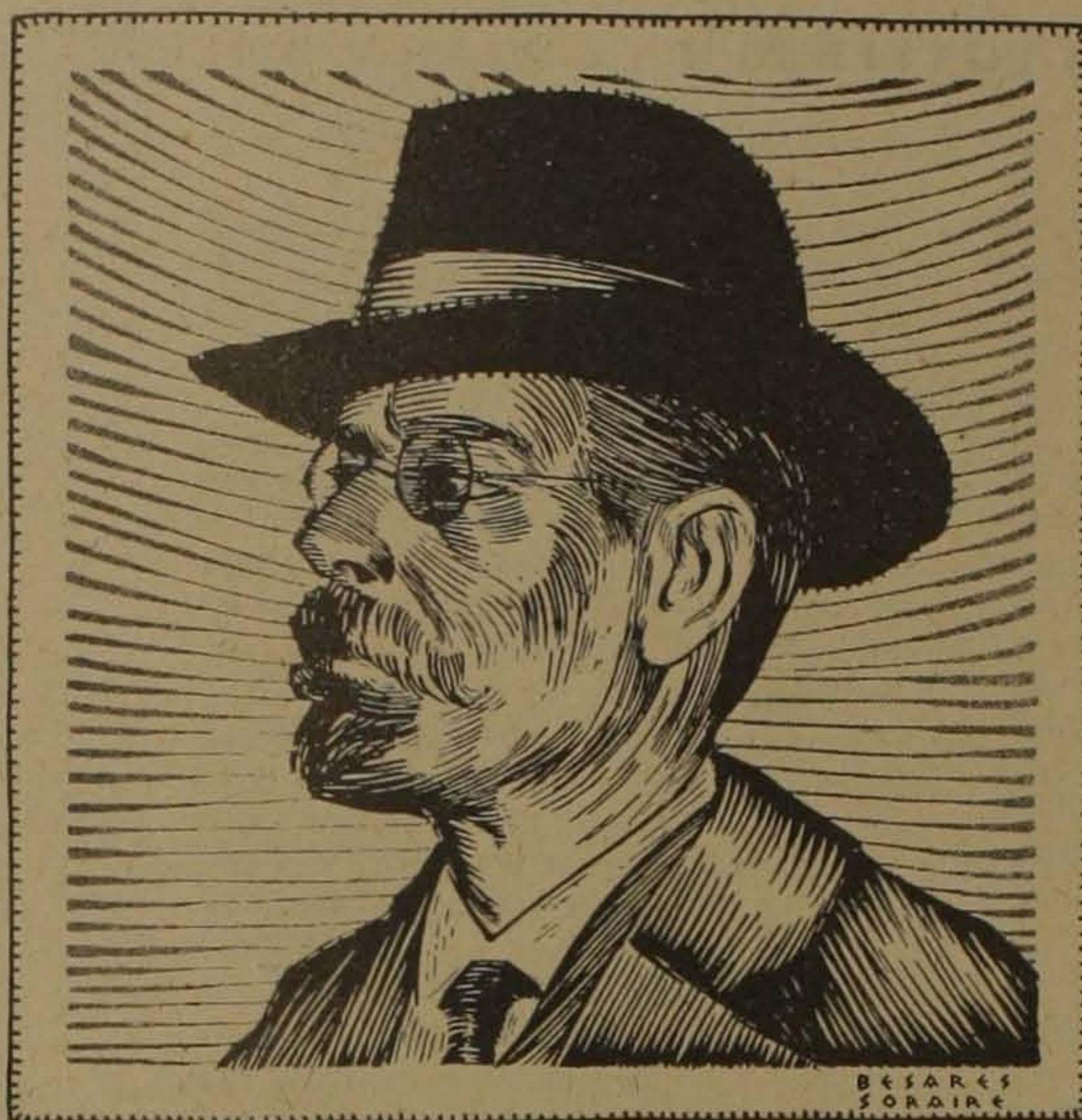
Si la muerte y el dolor debían ser fatales heraldos del triunfo de su anhelo: urgía ennobleclos, embellecerlos, apreciarlos como accidentes naturales, aprender a sufrirlos y a «esperarlos con una sonrisa». Cuando ve Martí el fin trágico de los hombres lanzados por su palabra sobre las bayonetas españolas, cuando «con todo al cinto» toma el camino porque «para él ya era hora», refugia su espanto ante el mal inevitable en su concepto semi-dionisiaco del sacrificio. «La libertad—lamenta—no debiera llevar espada», pero también dice: «El soldado es el único que puede cometer crímenes sin dehonrarse». Y después: «Del sufrimiento, como del halo de luz, brota la fe en la existencia venidera». La Muerte es júbilo, reanudación, tarea nueva. ¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!...

Y cuando «cuelga de un árbol marchito su muceta de doctor» y culmina su ejemplo entre las breñas de Baracoa, lo transe una alegría desbordante, una iluminada eufrasia, una arrobada alegría de las cosas que lo transfigura. El hombre para quien, en su vida de conspirador, era herida sin cicatriz la desaparición del más humilde de sus compañeros, dice a sus fieles y ejemplares Gonzalo y Benjamín desde la manigua, con pasmosa serenidad, de la muerte que acecha en cada ceja de monte, de la sangre fresca que ha salpicado su *jolongo*. «¿Cómo—exclama, sorprendido él mismo de la transformación—cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?» Muere el bravo Crombet y se limita a decir, sin un desfallecimiento: «Ya no hay Flor: cayó de un balazo en el pecho». Y al sentirse penetrado, taladrado, del aliento de la tierra madre, de su tierra mambisa, entre las palmas que fueron su recuerdo punzante en tardes sombrías y las ceibas que «por ser cubanas, del sol amparaban», grita, presintiendo el final de su «creciente y necesaria agonía»: «Hasta hoy no me he sentido hombre. he vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este

(Pasa a la página 267)

En el verano de 1914, el doctor Agustín Alvarez y su familia ocupaban un chalet, en Mar del Plata. El ilustre ensayista llevaba una vida retraída, impuesta por las consecuencias crueles del ataque cerebral que lo hiriera en Europa. Solía pasar las mañanas en la Rambla, contemplando, con mirada ausente, el horizonte marino y el desfile de los paseantes; daba cortos paseos a pie, a la tarde, y de noche, en torno a su mesa, presidía, con el espíritu casi siempre distante, la reunión familiar, en la que solían participar algunos amigos que, frente a aquel hombre silencioso, no podían apartar de su mente el recuerdo del *causeur* agudo, chispeante, inagotable, de tiempo atrás.

Yo tuve el placer de compartir aquellas tertulias en tres ocasiones. El doctor Alvarez seguía la conversación sin mezclarse en ella, con una leve sonrisa estereotipada en su rostro bronceado y la mirada dolorosa de sus ojos indiferentes, otrora vivaces y alertas. Cuando hablaba, lo hacía lenta y dulcemente, en pocas palabras y con visible esfuerzo. Su memoria prodigiosa lo traicionaba a cada instante; los nombres más familiares huían a veces de sus labios, y era penoso comprobar cómo prefería encerrarse en un silencio lleno de mortificaciones que no alteraba, empero, la serenidad de su rostro, acaso por un esfuerzo interior que concentraba las últimas energías del ser moral.



### El último paseo de Agustín Alvarez

(De *Caras y Caretas*. Buenos Aires)

En esos momentos, su compañera cultísima encontraba siempre el modo delicado de proseguir la conversación, sin parecer suplir al enfermo ni interceptarse ante el interlocutor. Ella era, por cierto, la vestal abnegada, inseparable del fuego mortecino. Habiéndose identificado con la llama pretérita, mantenía la supervivencia de un gran espíritu, confundiendo

Rafael Alberto Arrieta

su propio fulgor en la alianza generosa y disimulando su aportación constante bajo el fervor humilde de su culto.

La tarde del 15 de febrero, hice una excursión a pie, hasta el Faro, con tres o cuatro amigos, entre ellos, un hijo del doctor Alvarez. Al regresar, ya vecina la noche, lo encontramos en las proximidades de su casa y lo acompañamos hasta ella. Había dado su paseo habitual sin fatigarse y participó en nuestra charla con inusitada animación. Mientras pasábamos frente a una residencia señorial, de hermosos jardines, alguien aludió a los negocios turbios del propietario. Se murmuraba de un nuevo concurso de acreedores...

—¡Bah! Este es baqueano pa quebrar...

Reímos en coro. La chuscada era de don Agustín. Había fluído de sus labios con la gracia socarrona de buen criollo que en otros días sazonaba su pintoresco decir. Todos lo miramos, sorprendidos y alborozados. ¿Estaría en vísperas de recuperar su vigor intelectual, sus medios expresivos? ¿Lo escucharíamos nuevamente en la cátedra? ¿Podría reanudar su actividad literaria? Nos despedimos en la puerta de su chalet con esa esperanza...

Y a la mañana siguiente, muy temprano, un amigo común vino a anunciarme el fallecimiento del doctor Agustín Alvarez.

## El monopolio de la razón en política

= De la obra *South America*. Ensayo de psicología política. Ediciones de La Cultura Argentina. Buenos Aires. 1918. =

Y así como al terminar la lectura del infierno de Dante queda en el espíritu un sentimiento repulsivo contra la perversidad humana, así también, al salir del fárrago de manifiestos, discursos y proclamas que constituyen la documentación de nuestra historia interna, queda en el alma un sedimento de horror contra la razón, esta eterna enemiga de la paz, de la tranquilidad y de la cordura, madre de todos los pleitos, origen de todas las disidencias y tea de discordia que enciende la guerra doméstica en el hogar, la guerra intestina en las sociedades y la guerra nacional entre los países amigos antes de que naciera la razón que los distanció.

Porque es necesario tener cordura y juicio para tolerarse, para aguantarse, y es necesario tener razón para odiarse, para perseguirse, para matarse. Desgraciados los individuos que tengan razón y la usen, porque tendrán disgustos; desgraciado el militar que tenga razón, porque se insubordinará o se sublevará fatalmente; desgraciados los partidos que tengan razón, porque harán revolución si están abajo, y persecución si están arriba; desgraciadas las naciones que tengan razón, porque tendrán guerras nacionales!

Al lado de los más rudos caudillos se encuentra siempre el secretario leguleyo, adobador de manifiestos, y la camarilla sabia que amontona y siembra, argumentos, para hacer brotar la razón de un escándalo. Todos nuestros políticos se guían por la religión del deber: haz lo que debas, proteste quien proteste, tal es su máxima. Sólo se cuidan de tener razón en su conciencia y las consecuencias les importan un pito; así, después de todos los desastres exteriores a ellos les queda siempre tranquilo el fuero interno. Si alguien duda siquiera, lo aplastan con un manifiesto de 14.000 razones, para demostrar que hicieron bien hecho lo que salió mal, a fin de que sepan los presentes y futuros que sus desgracias han sido perpetradas en buena ley, que es decir con toda razón.

A nosotros, verbigracia, nos ha curado de razones uno de esos gobernantes pleitistas, prototipo de la especie, que en dos años derrochó en pamplinas 800 mil pesos que eran para escuelas y obras de salubridad, que ayudó eficazmente a tumbar dos bancos y a quebrar un estado, y que editó innumerables manifiestos, amén de costearse un diario para vomitar argumentos contra sus adversarios, pues a

proporción que son grandes los zambardos así tienen que ser de largos los manifiestos justificativos y de abultadas las razones que los apadrinen.

Demos de barato que tengan razón. ¿Qué se adelanta con ello? Demos de barato que tengan la conciencia tranquila. ¿Qué ganan con eso los pueblos? Ni la razón hace por sí sola la dicha de nadie ni los gobernados duermen con la conciencia del gobernante. Es la paz, es la cordura, es la tolerancia, — cosas todas que la razón beligerante excluye, — lo que hace la felicidad del hogar, la tranquilidad de los partidos y la prosperidad de las naciones. «Todos los lugares de la tierra son hospitalarios para el hombre prudente. (Shakespeare).

Nada se adelanta con que los hombres tengan razón para hacerse mal; lo esencial es que no se lo hagan, ni con ni sin razón. Un país arruinado con toda la razón del mundo, no está por eso menos perjudicado.

«Los espíritus débiles, dice Macaulay, tienen siempre a la mano una serie de sofismas para calmar los escrúpulos que sienten y a cuya fuerza no quieren ceder».

«Algunos emplean toda su razón en evitar

ALGUNOS recuerdos de Blasco Ibáñez en el primer aniversario de su muerte.

\*\*\*

Cuando lo conocí—en 1904, era yo estudiante—vivía entre Madrid y Valencia. Valencia: la «Malvarrosa», Madrid: un hotelito, muy simple, en la calle de Salas, a quince o veinte metros de la Castellana. Blasco poseía una barba negra y lustrosa, un pelo ondulado y un armonium con que satisfacía su pasión por la música: Wagner y Bethoven... Su despacho era espacioso. En lo alto de las paredes, unos grandes bocetos de Sorolla, al carbón. Aquí y allá, retratos: de Zola, de Hugo de Wagner... Siempre Wagner. Uno de sus hijos se llamaba Sigfrido.

La mesa en que Blasco escribía era muy grande, sin adornos, con unos casilleros a los lados. Una tarde vi sobre la mesa un bloque de cuartillas, de unos veinte centímetros de altura. Un manuscrito. No sé si el de *La bodega* o el de *La horda*. Recuerdo, sí, que, señalando a la montañita de papel, el escritor me dijo:

—Esta es una larva de novela. Yo pongo en las cuartillas lo que se me ocurre, conforme sale, y después, en las pruebas... Y en definitiva lo mejor es casi siempre lo más espontáneo...

Un procedimiento y una opinión. Pero yo no discutía con Blasco. Era demasiado joven y «estaba» en discípulo.

Tenía en sus estantes los primeros libros de Baroja. Y no hablaba mal de Baroja.. Se mofaba—no mucho—de don Benito. Rivaridades. A cierta grande escritora le llamaba «Doña Salammbó».

Solíamos coincidir en su despacho Pedro González Blanco, Rafael Urbano, José Francés y el firmante. Nos daba libros a traducir para su editorial de Valencia. Nos decía:

—Esa casa la fundamos Sampere y yo, cada uno con un billete de mil pesetas.

Iba a retirarse de la política activa. Más concretamente: del Parlamento. Decíame al hablar de sus luchas con Soriano y de sus duelos.

—Estoy cansado de tanta pequeñez. Lo de Soriano me ha hecho sufrir. Pero yo sufro poco... Me basta con acostarme en la playa de la «Malvarrosa», mirar al cielo, y se borra el dolor...

González Blanco, Urbano y yo lo acompañamos en sus correrías por los suburbios de Madrid para «documentarse». Iba a escribir *La horda* y *La maja desnuda*, sus novelas madrileñas.

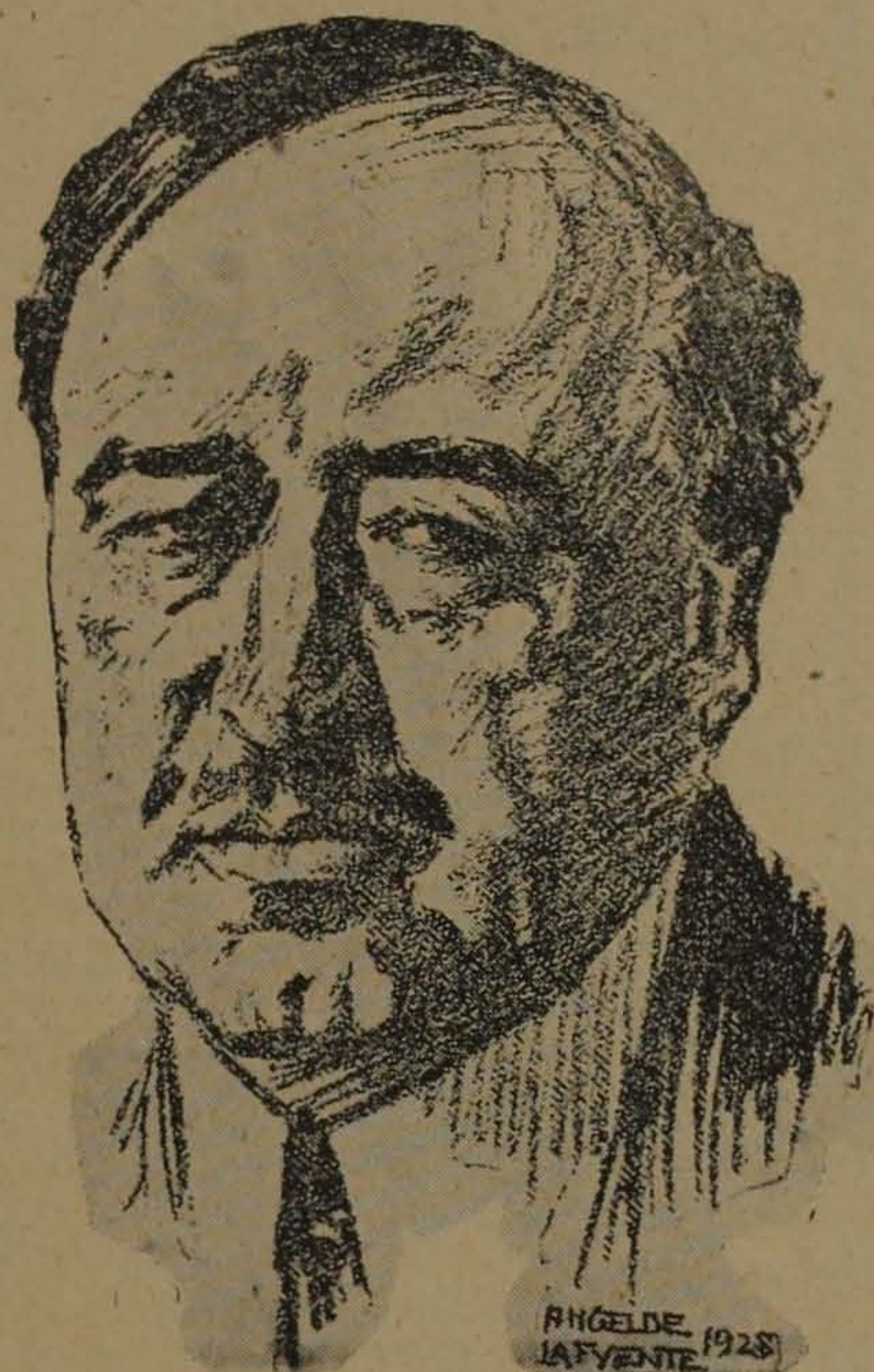
Aquellas excursiones terminaban en una cervicería de la plaza de Santa Ana. Un bocadillo y un doble para cada uno. Blasco escogía aquel momento para hablarnos de sus amores. ¡Y con qué naturalismo!

\*\*\*

Algo más tarde fundó *La Novela Ilustrada*, origen de todas las publicaciones económicas que hoy pululan. Blasco monopolizó el despacho de la gran imprenta de Ricardo Fe, sita

## Impresiones en un aniversario

=De La Voz, Madrid=



Blasco Ibáñez

en los alrededores de Antón Martín. Él mismo revisaba las pruebas. *La Novela Ilustrada* «resultó», y, con su yerno, Fernando Llorca, Blasco puso librería y centro editorial en la calle de Mesonero Romanos, frente al antiguo *Imparcial*. Hizo empapelar una habitación de azul prusia, colgó los retratos de Zola, de Tolstoi y de Wagner, y allí recibía y escribía.

También por entonces había fundado, con Galdós y Morote, *La República de las Letras*. No había dinero. No se pagaban los artículos. *La República* la hacíamos entre Blasco, González Blanco y yo... No era un cenáculo, sino una verdadera República... Allí se publicaron los primeros versos de Unamuno. Y todos los que mandaba Rubén Darío. La crítica literaria corría a cargo de Andresito González Blanco, más abundante que Luis Morote.

\*\*\*

Blasco Ibáñez se marchó a la Argentina. Volví a verlo en París, triunfador. Llegaba—como un Simbad el Marino—con ricas pieles, con preciosas plumas. Y con sus planes de *Nueva Valencia*. Alquiló un piso amueblado,

Alberto Insúa

muy lujoso, en la rue de Suresnes. Se hacía elegante. Y era oficial de la Legión de honor. Otra vez a la Argentina. Y el retorno definitivo, malogrados sus proyectos de colonizador. Pero con alguna plata... Porque en 1913 se instalaba en Passy, en un bello hotel, que decoró con bustos, estatuas y tapices... La antesala del paraíso de Menton.

\*\*\*

La guerra. Blasco, apurado, tuvo que deshacerse de su hotel. Imposible regresar a la Argentina. Instalóse modestamente en un piso del barrio de Ternes. Comenzó la *Historia de la Gran Guerra*. Iba al frente, consultaba planos, recibía informes del Quai d'Orsay. Era comendador de la Legión de Honor, y viajaba en el Metropolitano, en segunda... Trabajaba doce, catorce horas diarias. Esta época de un Blasco casi pobre, de un Blasco luchando con los acreedores, como Balzac, constituye el término de nuestra amistad. Nos veíamos mucho en aquel París bélico y doliente. Nos citamos con frecuencia para cenar en restaurantes italianos, y a veces en un módico *Duval*... Entrábamos en los cines. Pero, en lugar de ver las películas hablábamos de España y... de Gómez Carrillo. Mal. «¡Es demasiado mentiroso!», me decía Blasco. Y Carrillo me decía de él: «¡Es tan fantástico!». Se estorbaban el uno al otro. Los dos querían ser la pluma española que triunfara en París. La de Blasco—por *Los Cuatro jinetes*—triunfó en el mundo.

\*\*\*

El éxito universal. Los miles de dólares. Perdí de vista a Blasco. No fui nunca a verlo a Menton. Me daba una impresión desagradable de *parvenu*. Prefería al Blasco «casi pobre», balzaciano, con sus apuros económicos y sus doce, sus catorce horas de labor literaria. Yo no podía alternar con él. Se había afeitado la barba. Un bigotito a lo yanquí. Gran Cruz de la Legión de Honor. Automóviles. Pero ruptura no hubo. Quizá le deba yo a Blasco el mejor consejo, el más leal, el más generoso que me hayan dado en mi vida. Y fué en 1920, en aquella famosa *Maison de la Presse*, donde eran funcionarios Taloux, Grandoux, Breal, Paul Morand... Me encontré a Blasco, hecho un *dandy*, en la escalera. Me detuvo. Y me dijo:

—¿Qué hace usted aquí? Ya está perdiendo el tiempo... Vuélvase a España a escribir novelas. Con la paz Francia ha vuelto a ser de los franceses...

Le comprendí. Le obedecí. Y no me arrepiento... En resumen: al evocar la figura de Blasco puede más en mí el cariño que la crítica. Yo quise a aquel hombre. Y él me correspondió. ¿Qué pueden importar ahora mis opiniones y distingos sobre su obra? En bloque es soberbia. Y resistirá al tiempo y a las lenguas de algunos de sus contemporáneos. Como la de Zola, la de Tolstoi, la de Galdós.

el mal que temen y destruyen así el bien presente de que podrían gozar».—Casanova.

«La razón nos socorre en las grandes desventuras, pero es impotente contra los pequeños disgustos que destruyen al menudeo nuestra felicidad y nuestra salud».

«Tal es la flaqueza del entendimiento humano que las buenas causas se ganan casi siempre con malas razones».—E. Renán.

«Como hay tantos entendimientos al revés,

no conviene desperdiciar ninguna razón; tal vez la peor convenza».

«No hay error viejo, por lamentable que sea, que no estemos dispuestos a invocarlo como razón nueva».—Macaulay.

«No debemos hacer lo que quiere el enemigo, por la sola razón de que él lo desea».—Napoleón I.

«Sólo puede dar la razón el que la tiene». En consecuencia, sólo puede ser razonable

el que dé la razón; el que la pelee será el que quiere adquirirla; por ende hombre irrazonable, o, digamos, hombre calamidad. Y es claro que cuando dos personas opuestas tienen razón a la vez, si ninguno la cede, es imposible que se entiendan.

Muy a menudo tener razón es tener una esperanza defraudada, una ambición contrariada, un vicio obstruido, una herida en el orgullo o una ofensa en la vanidad, y como

la mayor parte de las razones no valen la pena de ser peleadas, y son a la vez tan difíciles y escasos la cordura y el buen sentido indispensables para guardar las malas razones en saco roto, la inmensa mayoría las pelea a todas, a las buenas y a las malas, resultando en el hecho que las tres cuartas partes de las locuras se han consumado a causa de tener razón, y que, por ende, la razón es la madre legítima de la locura.

Esos hombres, en efecto, que tienen razones para todo, que creen que una razón puede justificar un abuso, neutralizar un desastre o consolar una desgracia, tienen la omnipotencia del mal, puesto que tienen la omnipotencia de la excusa. Ellos pueden hacer todo el daño que les convenga, sin el menor reparo, puesto que tienen la razón para jaborarse la conciencia, y la conciencia para fabricarse la razón.

De aquí, sin duda, que los que ejercen la industria de la razón, vulgo abogados, sean a menudo políticos más deplorables que los generales de caballería, pues si es malo sentarse sobre las bayonetas, aun es peor sentarse sobre los argumentos abstractos, sobre el vacío, pues como en el foro hay libros, autores y razones para defender y para atacar a las dos partes siempre, cuando la práctica y el estudio nos habilitan para demostrar que todo es bueno o que todo es malo, indistintamente y según el lado que nos toque, ya somos incapaces para conocer lo bueno y lo malo. El que tiene razón siempre, lo mismo cuando acierta que cuando yerra, el que tiene uso de razón para cuando no tiene razón, está justo en situación análoga a la del que no tiene uso de razón, ni aun cuando tiene razón. Véase, pues, cómo el análisis comprueba lo que ya tiene tan demostrado la práctica, a saber: que ciertos abogados y procuradores son seres irracionales por excesivo uso de la razón.

La raza latina tiene la deplorable especialidad de estos políticos pleitistas, razonadores en el vacío del fuero interno, fabricantes empedernidos de manifiestos, programas y teorías, estadistas verbales que se desenvuelven en la pura fantasía, aislados de la realidad de las cosas por una impenetrable atmósfera de causas y efectos de conciencia y cuyo más alto representante fué el abogado Robespierre que instauró en 1793 el culto de la Razón, entre los escalofríos del Terror.

Porque la razón es un motivo interno que puede acomodarse a la oportunidad exterior o ser totalmente independiente de ella. El observador esclavo de los hechos, que prescinde de su razón para buscar la razón de ellos, puede, a veces, encontrarla. El razonador que constituye a su propia razón interna en señora del mundo exterior, tiene forzosamente que considerar a los hechos como esclavos sumisos de la divinidad superior que reside en su persona y tratarlos como a tales, castigando sus extravíos, los de los hechos, como atentados a la razón, con el rigor absolutista del jacobino, del comunista, del socialista, del anarquista.

Se ha exaltado en nombre de la razón las excelencias de la razón: se ha vituperado en nombre de la razón las sinrazones de la religión y nos hemos olvidado, nosotros a lo menos, nosotros que tanto lo necesitamos como pueblo joven y racionalista, nos hemos olvidado de sacarle los cueros al sol a la razón, que tan sucios los tiene por estos barrios de Sud América.

## INDICE

### Legenda aut adquirenda



En estos días llegaron:

|                                                                                                                                    |         |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| H. G. Wells: <i>Sanderson de Oundle</i> .....                                                                                      | \$ 3.50 |
| Oscar Hertwig: <i>Génesis de los organismos</i> .....                                                                              |         |
| Tomo I. Empastado.....                                                                                                             | 11.50   |
| Bernal Díaz del Castillo: <i>Conquista de la Nueva España</i> . 2 vols. Pasta.....                                                 | 16.00   |
| A. S. Edington: <i>Estrellas y átomos</i> .....                                                                                    | 4.25    |
| J. Ortega y Gasset: <i>Notas</i> .....                                                                                             | 0.75    |
| Fedor Dostorievsky: <i>Stepantchikovo</i> . 2 vols. Eduardo Schwartz: <i>El Emperador Constantino y la Iglesia Cristiana</i> ..... | 1.50    |
| Bernardo Shaw: <i>Comedias agradables</i> .....                                                                                    | 4.25    |
| Lewis U. Terman: <i>Medición de la inteligencia</i> .....                                                                          | 4.50    |
| Shepherd Ivory Franz: <i>Manuel de métodos para los exámenes mentales</i> .....                                                    | 4.00    |
| José Ortega y Gasset: <i>El Espectador</i> . Tomo I.....                                                                           | 3.00    |
| Alberto Gerchuroff: <i>Enrique Hine</i> .....                                                                                      | 3.50    |
| Eugenio d'Ors: <i>Oceanografía del tedio</i> .....                                                                                 | 4.00    |
| K. Koffka: <i>Bases de la evolución psíquica</i> .....                                                                             | 3.50    |
| Guillermo Worringer: <i>La esencia del estilo gótico</i> .....                                                                     | 7.75    |
|                                                                                                                                    | 7.00    |

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

«Se empieza a cometer locuras cuando se llega a la edad de la razón». —D'Houdetot.

«A veces se es injusto por el modo como se tiene razón». Y hasta cruel, hasta malvado, hasta criminal. Hay maneras bárbaras de tener razón, como hay maneras cultas. Hay maneras jacobinas, como hay maneras comunistas y anarquistas.

Cuando se tiene razón a palos se desautoriza la razón propia, sin perderla, y se crea la razón del adversario. Y desde que las segundas injurias sean tan dolorosas y tan irritantes como las primeras, es inútil averiguar quién pegó primero: cuando se han pegado los dos, ya tienen razón los dos. Y hombres sueltos o partidos orgánicos, en siendo torpes ambos, usarán respectivamente su razón con tanta torpeza y demasia que la tramitación de la razón propia hará nacer fatalmente la razón ajena, por aquello que los jurisperitos romanos caracterizaron tan exactamente en el viejo aforismo: *summum jus, summa injuria*.

Esta máxima es la condenación del radicalismo racional, pues el remedio completo, que es lo mejor en el espíritu, lleva aparejado en la realidad exterior un enemigo invencible que toma su razón de ser del hecho mismo que satisfizo a la razón primitiva. Es decir, por ejemplo, que los federales sacaron la suya del asesinato de Dorrego, e hicieron la de sus adversarios con las persecuciones y matanzas posteriores.

De los mismos medios empleados por el uno para satisfacer su razón, nace la razón del otro, y es lo que se ve al menudeo todos los días. Los carreros, verbigracia, en los incidentes callejeros cotidianos, reclaman su razón con medios tan injuriosos que sublevaron sobre la marcha todo el arsenal de brutalidades del otro carrero, y a las segundas de cambio el litigio queda trabado en términos tan estrechos y tan extraños a su origen, que los facones suelen relumbrar en seguida para defender a las inocentes y respectivas madres, a propósito de dos ruedas que chocaron por un error de cálculo.

«He observado, dice el general Vincennes,

que en los incidentes que tienen lugar entre los carreros y las mulas, casi siempre tienen razón las mulas». Por suerte, las mulas no tienen uso de razón, y en consecuencia, aunque tengan razón, aguantan con más o menos paciencia, los medios de que se valen los carreros para tener razón contra ellas, *quand même*. Pero ¡cuántos políticos, ¡santo Dios!, han tenido razón al estilo de los carreros, y cuán feliz hubiera sido este continente, y cuántas barbaridades ahorradas, si ellos también hubiesen tenido razón sin razones, la razón sin uso, la razón sin beligerancia, la razón de las mulas!

Y así como hay cerveza sencilla y cerveza doble, siendo la razón un artículo de primera necesidad y más importante aun que la cerveza, debía también dividirse subjetivamente en dos clases: razón sencilla y razón doble, respondiendo a la distinción objetiva del pro y del contra, a la ley física de la acción y reacción, y a la realidad de las cosas, puesto que el viaje de la vida lo hacen unos con razón de ida solamente, los otros con razón de ida y vuelta, y los demás, que en este caso son los menos, con razón de vuelta solamente.

Con arreglo a la teoría de Rohmer tendremos que, políticamente, la juventud y la ignorancia que ven en las cosas un lado solo, el pro o el contra, tienen el uso de la razón de ida nada más, y constituyen la demolición extrema: comunistas, socialistas, anarquistas, radicales; los que se encuentran en el segundo tercio de la vida, y logran ver simultáneamente el pro y el contra tienen razón de ida y vuelta, son demolidores y conservadores a la vez, o sea liberales; los que se encuentran en el último tercio y que no ven más que el pro y el contra, pero en sentido inverso a los primeros, tiene razón sólo de vuelta, y se llaman conservadores, absolutistas, etc.

Por supuesto, los partidos excluyentes, que es decir, casi todos los de América del Sud, tienen razón sencilla solamente. Nuestros mazorqueros, verbigracia, sólo tenían la razón de ida. Absorbidos en el pro, salvaron al país ahogando en sangre la reacción, o más bien absorbidos en el contra, puesto que representaron la reacción de ida sola contra el unitarismo de ida sola también, de Rivadavia y Agüero. Pero como el pro y el contra se engendran recíprocamente, la razón sencilla ejercida en cualquiera de ambos sentidos provoca en igual o mayor proporción la razón sencilla por el otro sentido, y valga el precitado ejemplo de los carreros, y por si no alcanza vaya también el caso de los periodistas de pelea en provincia, que se instalan uno en el pro y el otro en el contra, y se apalean patrióticamente con razón sencilla.

Ciertamente, alguna diferencia hay entre la razón que usan un acopiador y un filántropo, una hermana de caridad y un estafador. Las dos razones son sencillas, puesto que van en una sola dirección, siempre y cualesquiera sean los contratiempos que les sobrevengan; pero, ¡en cuántas opuestas direcciones la una a la otra!

Un individuo, de los de razón sencilla, produce un acto que causa daño a otro, en el cual se despierta incontinentemente la razón del contra; pero este puede, además, inquirir si el primero tuvo razón, necesidad o motivo para hacer lo que hizo, encontrar que la tuvo, y neutralizar en su espíritu la razón defensiva con la razón ofensiva; o bien, si es también de los primeros, recibida la razón en la

lesión, diremos así, la usará contra el ofensor, porque el uso de la razón sencilla implica el procedimiento caballar: recibido el pinchazo se suelta la patada.

Por eso dice el proverbio árabe: «si un perro te ladra, ¿tú también te pondrás a ladrar?»

Bien es cierto que cuando dos hombres se ladran, los dos tienen razón, puesto que cada

uno ladra a los defectos del otro, únicos defectos que toma en cuenta. Sin duda, tomando en cuenta a la vez los defectos propios no se ladrarían, pero para esto necesitan el uso de razón por partida doble. Y aun pueden ladrar a defectos supuestos, porque la razón, como la honradez, como la castidad, etc., etc., puede usarla el que no la tiene.

### Agustín Alvarez

**Recomendamos** a la gente nueva y estudiosa las obras del insigne moralista argentino, **Agustín Alvarez**. Gracia, claridad, sobriedad, solidez. Las editó—las principales—el inolvidable José Ingenieros en LA CULTURA ARGENTINA. Son las siguientes:

*South America* (1894).—*Manual de patología política* (1899).—*Educación moral* (1901).—*¿Adónde vamos?* (1904).—*La transformación de las razas en América* (1908).—*Historia de las instituciones libres* (1909).—*La creación del mundo moral* (1912).

De Agustín Alvarez se ha dicho:

... si llegó a conquistar fama y rango, no fué tan sólo por su talento original y su vasta ilustración, sino también por sus ejemplares virtudes públicas y privadas.

La democracia en lo político, el liberalismo en lo moral, el laicismo en lo pedagógico y la justicia en lo social, fueron los cimientos cardinales de su vasta obra de apóstol y de pensador, orientada en el sentido educacional de Sarmiento y eticista de Emerson.

Su virtud, y su sencillez fueron tan grandes como su consagración al estudio y a la enseñanza; fué, siempre, un varón justo.

## El poeta José Martí

(Viene de la página 263)

reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Y, ¿qué hace Martí frente a la otra gran batalla, sin vencedores ni vencidos, de su espíritu? ¿Qué hace el poeta de voz desmesurada, de registros inapreciables para quien no fuese él mismo; de segura resonancia sólo en los elegidos? Bien pudo exclamar como el poeta de hoy «l'art c'est moi», porque lo sabía en sus entrañas. ¿No dijo, escribiendo sobre don José de la Luz y Caballero: «Lo más del hombre y lo mejor, suele ser lo que en él sólo ven a derechas quienes con él padezcan; porque hoy, como en Grecia, se necesita ser fuego para comprender el fuego; o los que oyen aterrados su paso en la sombra»? «De él, de don Pepe—continúa—fué lo más la idea profética e íntima, que no veía acomodo entre su pueblo sofocado y crecedero... y consagró la vida entera escondiéndose de los mismos en que ponía su corazón, a crear hombres rebeldes y cordiales que sacaran a tiempo la patria corrompida de la nación que la ahoga y corrompe, y le debe el alma y le clava los vuelos».

No sólo era sabedor Martí de la imposibilidad—magna dificultad, al menos—de comunicar «la idea profética e íntima» porque todo lo que viene de lejos y de una lejanía desconocida llega con son confuso e impreciso, sino que, con pasmosa clarividencia, señala el fin del poema anecdótico y entrevé el carácter esencial del verso futuro. «No se ha decir lo raro—dice—sino el instante raro de la emoción». Y, ¿quién que, «no sea fuego» puede vivir, reproduciéndolo, lo raro del instante que el poeta capta en su verso? ¿Qué es toda la poesía actual, sino el ensayo de expresión de esos instantes? Y si el instante es raro, ¿cómo hay todavía quien pide expresión lógica y plástica?

El sentido romántico de la vida en Martí—tan certeramente penetrado por el claro espíritu de Fernando de los Ríos—resuelve ahora este segundo conflicto central. ¿Se sobrepone el apóstol al genio? ¿Hubiera sido genial Martí sin vaciar su fuerza inigualada en un empeño apostólico? Lo que en último término maravilla en él no es su obra de escritor, de orador,

de poeta, sino la capacidad egregia para adecuar esa obra a la obtención, a la realización práctica de un ideal que «los que no veían el subsuelo»—que eran todos los cubanos—reputaban quimérico.

Por un momento parece que vive en Martí el postulado gorgiano y que tiene por inútil todo intento de expresión cabal del momento poético. Pero coloca bien pronto el secreto impenetrable e ilimitado del grande artista, el secreto también oculto, también inmensurable de los pueblos. «Ellos leen lo que no se escribe»—dice.—«Ellos oyen lo que no se habla». Y si para él no tiene significado la vida que no se vierte en la de los demás y había dicho que «el deber de un hombre está allí donde es más útil», el poeta queda forzado a proyectar su obra en bien del mundo.

Este criterio es de filiación netamente romántica. Nace de la esperanza de contemplar algún día, caídas las injusticias monstruosas de los hombres, a todas las fuerzas del espíritu y de la conciencia convergentes en un ansia de superaciones ilimitadas. Sin asidero religioso alguno—esto es fundamental en el estudio del pensamiento de Martí—no podía fiar el ataque a lo bajo del hombre sino al hombre mismo... De ahí esos dolores súbitos, esos frecuentes espantos al ver incorporarse en sus compatriotas, del lecho demoníaco interno, el vendabal que cada mañana abate las alas nacientes. Una señal que nunca vió porque estaba en él mismo, lo vuelve pronto a lo trascendental de su faena, que no podía fundamentarse sino en la seguridad de una

vida mejor. Cuando las ingratitudes mortales y las intrigas sigilosas lo acosan y crucifican no se esconde—como Luz y Caballero—«de los mismos en que ponía su corazón», ni termina su vida, como José Antonio Saco, obsesionado por su tierra lejana, pero muertos los entusiasmos a golpes de incompreensión y de maldad, sino que estrecha contra su pecho dolorido a su Ismaelillo y lanza un grito que lleva en su angustia su esperanza: «Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti».

Resuelto así el dilema, discurrirá Martí sobre el poeta y la poesía apoyándose de continuo en conceptos extra-poéticos. No quiere esto decir—tengase bien presente—que le abandone su certero don crítico, que deje de penetrar con su fuego en el de las almas elegidas. Frente a un Wilde o a un Whitman nos dará—antes que nadie en nuestra lengua—la medida cabal de estas almas extrañas y grandiosas. Pero ya en Longfellow verá horizontes por los que nunca se inquietó aquel respetable señor. Y cuando cualquiera de nuestros rimadores vulgares le lleva sus odas lamentables—cuando tengo que decir mal, callo, repetía Martí—se desentiende de la calidad de la obra para festejar el esfuerzo generoso, para poner a luz el patético anhelo del versificador, para exhortarle siempre a que haga de la humildad de su bagaje un grano aprovechable en la construcción del mundo de mañana.

Toda la obra de Martí está enajada de alusiones al oficio desinteresado y provechoso que quería para el poeta. Cuando se dirige a los niños les dice: «Poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los [a]edás de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado en colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitarles a los hombres su libertad». Y en otro lugar: «Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo». Y en su admirable artículo sobre Julián del Casal afirma: «En el mundo, si se lleva con dignidad, aun hay poesía para mucho». Y en su estudio liminar al *Poema de Niágara* de Pérez Bonalde, sin duda lo más intenso y ambicioso que salió de su pluma, exclama: «¡Ruines tiempos en que los poetas no han comenzado a ser sacerdotes!» Y al lamentar la muerte de Torroella: «¡Corona de cenizas para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos

## LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

para la frente del honrado poeta de los pobres!

Pero no podía Martí situar la faena lírica sólo en su desinteresada dación, aunque la generosidad de su espíritu—su condición de gran político, tal vez—parezcan indicarlo en más de un momento. Pide al poeta genuino y nuevo mensaje, pero—y esto es importantísimo, porque da el calado del romanticismo literario y vital de nuestro mártir—pide que ese mensaje arranque de dolores y conmociones reales (¿no estáis viendo ya la anécdota emocionada de muchos versos martianos?), pide que la herida que el mundo nos cause—la muerte de la mujer amada, la angustia del caído, el grito del esclavo—tiña con su sangre el poema. En la silueta física y moral que nos da Martí de Bolívar, advirtió José Antonio González Lanuza el sorprendente retrato que, sin sospecharlo, hace Martí de sí mismo. En numerosos momentos de su obra, al hablarnos del poeta y de la poesía, se pinta con sorprendente maestría. Cuando nos habla de aquel triste y silencioso Juan Jérez que «no veía desdicha sin que creyese deber suyo remediarla y se miraba como un delincuente cada vez que no podía poner remedio a una desdicha», hace Martí el más acabado dibujo de los perfiles de su obra lírica. Era Juan Jérez «poeta genuino que sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo y de los dolores y sorpresas de su espíritu, unos versos extraños, doloridos y profundos, que parecían dagas arrancadas de su propio pecho; padecía de esa necesidad de la belleza que como un marchamo ardiente señala a los escogidos del canto». Y, ¿no se ven pasar sus *endecasílabos hirsutos* cuando hablando de José María Heredia dice: «Para su verso era su corazón despedazado; pero salía a la vida sereno, domador de sí mismo»? La mejor interpretación de sus *Versos Libres* está en estas palabras: «Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se plega como un manto real, eso es lo herédico, y el lícito desorden, grato en la obra del hombre como en la del Universo, que no consiste en echar peñas abajo o nubes arriba la fantasía, ni en simular con artificio poco visible el trastorno lírico, ni en poner globos de imágenes sobre hormigas de pensamiento, sino en alzarse de súbito sobre la tierra sin sacar de ella las raíces, como el monte que la encumbra o el bosque que la interrumpe de improviso, a que el aire lo ore, lo argente la lluvia y lo consagre y despedace el rayo».

¿Fue Martí, por su concepto trascendente de la obra artística, por su fe en el beneficio social de la labor poética, un convencido de la corriente actual, que sólo tiene por legítimo el arte que provoca la llegada de nuevos estados sociales, de distintas—y mejores—formas de vida? En nuestra opinión, no. Y es esta cuestión hermana de la que parece que se está planteando y debatiendo ahora sobre la actualidad del verso martiano. Cuestiones que piden el reposo y la amplitud del libro.

El hombre genial atisba el futuro y descubre aspectos de los estados que vendrán, pero no puede vivirlos plenamente. En desentrañar la realidad que lo circunda y limita pierde el genio gran parte de su fuerza. Si, como en Martí, se da a una obra que pide, con el atento análisis de los conceptos y estados constituidos, el aprovechamiento para fines políticos inmediatos de estos estados y conceptos indiscutibles, se moldea fatalmente en ellos aun

## La estatua

**YA** está levantada la estatua de don Juan Rafael Mora. En bronce, sobre simbólico pedestal. Para comprender el sentido de esta estatua, hay que estudiar los símbolos del pedestal, un día, otro día, varios días. Hay que hacer un minucioso estudio de todos los detalles, hasta sorprender lo que el artista quiso decir en las formas mudas del bronce. También, tienen que ser poseídos, en la memoria, esos detalles, con tan fino poder, que sea fácil evocarlos en cualquier momento, en cualquier lugar, en toda ocasión propicia. Esa ocasión propicia puede ser la de una lección de historia patria para el niño y para el maestro; puede ser la evocación de los sucesos que allí se conmemoran, por el padre que quiere contarlos a sus hijos; puede ser la del artista, la del poeta, la del músico, la del pintor, que aspira a interesar el espíritu en la sustancia creadora de aquellos hechos; puede ser finalmente, la del ciudadano que desde lejos, desde bien lejos, sueña en la lejana patria, en la patria hecha de heroicidad sencilla y admirable, de nobleza, de humanidad, de simpatía. La figura del hombre está bien representada. El gesto es humano y viril. Es todo lo humano y viril que puede ser un gesto de hombre. No sabemos si el suyo es legítimo. ¿Le recordarán aún algunos viejos de su tiempo? Pero la advertencia es buena: recójase los gestos propios de los hombres nuestros que pueden ser acreedores a iguales homenajes para ser fieles en la representación que se haga en el futuro justiciero. Más de uno de nuestros hombres merece estatua. Tal vez no prodigarlas o tal vez prodigarlas. Tal vez vivir entre estatuas. Los antiguos lo acostumbraron así. En muchas ocasiones quitaban unas estatuas para poner otras. Concedámos para cada estatua, veinticinco, treinta o cincuenta años. El tiempo es saludablemente reorganizador: selecciona, purifica, ilumina, tranquiliza. Aun en los menores actos de la vida, hay que darle campo al tiempo. Don Mauro lo decía: cuando se tiene alguna preocupación, reposar un poco, dormir. Esta especie de liberación del espíritu, lo deja abandonado a su propio poder y entonces él recobra el ritmo que ha perdido. Esta estatua de don Juan Rafael Mora, no hacer pensar sino en lo que él fué o quiso ser para su país; en las ideas fundamentales a las cuales él quiso dar expresión; en aquello que tiene valor constructivo, o sostén o fuerza o vida o eternidad para su patria. El llevó a su país a la guerra, pero en la guerra no abandonó los símbolos del hombre civil. Esta estatua está bien al lado de la don Juan Mora Fernández, al lado de la de don Jesús Jiménez. Es como hombres no de guerra sino de paz saludable y fecunda que estos varones han hecho la historia nacional. La guerra fué una necesidad del momento. No dejó hábitos, no provocó indomeñables impulsos, no sembró orgullos; no abrió surcos a la tempestad. El mismo lo dice en una de sus proclamas: «trocad el fusil por vuestro arado». Su brazo extendido dice voluntad de hacer las cosas. Es toda un mundo. Como hombre y como gobernante hizo uso de la más elevada cualidad que caracteriza al hombre y al gobernante: voluntad como condición esencial de la vida, no como fin ni como simple instrumento. Voluntad de vivir. Esto es todo.

Rómulo Tovar

Mayo, 1.º de 1929.

descubriendo sus quiebras y entreviendo los conceptos y estados de mañana. Ciertamente que nuestro gran revolucionario dijo que: «la poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma». Ciertamente que Martí lanzó esta frase profética, deslumbrante y aclaradora como un rayo en la noche: «El arte está pasando de individual a colectivo». Pero no hay un solo momento en su producción (el sentido popular que ha advertido en sus versos nuestro admirado Chacón y Calvo, nada tiene que ver con este problema) en que rompa con los lineamientos tradicionales en lo que toca a la eficacia prosélica del poema; en ninguna ocasión dispone Martí los elementos específicos de un arte para multitudes. Porque decir a la masa su miseria y su angustia, llamarla al remedio de su dolor hablándole en su lengua, es cosa de todos los tiempos. El empleo de medios artísticos para mover a los ciudadanos a un empeño político o guerrero está en *La Salamina*. Entre ese modo tradicional y el ruso o mejicano de hoy existen diferencias esenciales: la organización en éstos, de medios expresivos de nueva eficacia, de elementos netamente revolucionarios, de sugerencias directas, sensibles por procedimientos de honda ingenuidad. En Martí se proclama el sentido colectivo del arte futuro, pero no se realiza ese sentido. Hoy la masa produce y orienta la manifestación artística en Rusia y en México. El artista es eco y resonador. En Martí el poeta, dotado de divina virtud, enseña al pueblo y ennoblece la vida. Es que en nuestro Libertador—otra vez su visión romántica—no está la misión trascendente del poeta sólo en la pugna por una más alta justicia social, sino en la producción de la belleza siempre que ésta fuese limpia y desinteresadamente manifestada. La poesía tuvo para él—digámoslo con una palabra trivial—el significado de un adorno de lo feo y vulgar de la tierra. Embellecen la vida por el arte: he ahí una aspiración presente en toda la obra de Martí. «Mientras haya—dijo—un bien que hacer, un derecho que defender, un libro sano y fuerte que leer, un rincón de monte, una mujer buena, un verdadero amigo, tendrá vigor el corazón sensible para amar y loar lo bello y ordenado de la vida.»

Y en otro lugar: «Un grano de poesía sazona un siglo.» Como nadie penetró el futuro, como nadie vivió con las raíces adentradas en su momento.

«El genio—decía—es simplemente una anticipación: prevé en sus detalles lo que otros no ven aún en sus líneas mayores, y como los demás no ven lo que ve él, lo miran con asombro, se fatigan de su resplandor y persistencia, y lo dejan a que se alimente de sí propio y sufra». De sí propio se alimentó José Martí y no de la retórica almibarada de su tiempo. Y cuando un gran escritor se alimenta de sus entrañas, está ya adelantándose a su época, siendo precursor de nuevas maneras de visión y de realización, porque sus entrañas no son, no puede ser, las que en grata comensalia se reparten, dando el tono medio, los otros escritores. Pero cada época da su instrumento, modificable, pero no sustituible. Y Martí hubo de pagar tributo a su época.

Esa sujeción fatal a los módulos coetáneos resuelve negativamente, cuando se quiere sustanciar con rigor crítico, la actualidad de la poesía de Martí. Ya hemos visto en él adivi

naciones, anticipaciones sorprendentes, que nos colocan de un salto en Blok y en Valery. En numerosas ocasiones la imagen con sentido nuevo lo es todo en su verso. Y aun en su prosa. Cuando dice que la noche viene a dormir sobre los tejados de Caracas nos habla en la lengua poética de ahora; en sus *Versos Libres* nos sorprende con esa fina y nueva nota de matiz clásico—gongorino—que hoy dan los más destacados poetas españoles; en sus *Versos sencillos* nos maravilla a cada paso con la arbitraria disposición de los momentos líricos, con esa despreocupación de la vieja lógica poética que es credo del nuevo régimen. A lo largo de su obra la audacia del giro, la novedad de los temas y la sinceridad consigo mismo, que lo hace difícil a las miradas frívolas, lo acercan al canto de nuestros días.

Pero no rompe su verso del todo los hierros seculares, con ser muy otro del que sus contemporáneos producían. Quizás sí, más que el tiempo en que nació su arte, influyeron en él, deteniéndolo en su vuelo, hasta nosotros, la larga y amorosa lectura de los clásicos españoles—Justo de Lara y Pedro Henríquez Ureña señalaron la huella profunda de estos clásicos—y el modo romántico que surgía de lo hondo de su espíritu y del empeño político que normó su producción.

La pluma inteligente y juvenil de Raúl Roa quiso situar en la óptica de ahora la poesía de Martí, desde las páginas de 1928. Xavier de Villaurrutia, el fino poeta mejicano, contradujo el aserto. Villaurrutia tenía razón. Con tiempo y espacio hemos de volver sobre este aspecto de tanta sugestión en la poética martiana. La inactualidad—en lo esencial—del verso de Martí no puede afectar su gloria, ya sin po-

## Un milagro de Amor

*Amor, que ve la creación entera  
rendirse a su anhelada tiranía,  
por dar ejemplo della en este día  
quiso un milagro hacer desta manera:*

*Dulce sorpresa que el afán no espera;  
verdad que más que la ilusión valía,  
Elena, al acercarse, me traía  
hábitos de impensada primavera.*

*Suspenso ante la cándida figura,  
el alma me abrasó la sed aquella  
que enciende al par que alivia su hermosura;*

*y una luz interior fuéme advirtiendo  
que por gracia de amor y obra della  
estaba, a mediodía, amaneciendo.*

Dmitri Ivanovitch

Panamá, 20 de septiembre de 1928.

sibles empujones. Martí será siempre uno de los más altos poetas que ha dado la matriz americana, la matriz que produjo a Rubén Darío y a Herrera Reissig. A fin de cuentas, si la época da el matiz del mensaje y a veces la esencia del mensaje, ¿tendría razón de ser, significación humana, realidad, un poeta que afinase su voz en diapasones hechos con metales no descubiertos todavía? ¿Para quién cantaría ese poeta?

La actualidad del genio apostólico está en la eficacia de su inadaptación, de su ejemplo. En recordar de tiempo en tiempo a la humanidad que no es imposible, desoyendo rumores cercanos, oír la voz de mañana. Cada época trae su faena. Los hombres vulgares la viven. Los hombres como José Martí la proyectan hacia los nuevos días.

Juan Marinello

## Del Cancionero de Nenia

### Pajaritos

Pajarito sin cola  
el de la mamola;  
pajarito sin pico  
el del acerico;  
pajarito cantor  
el del buen Señor.  
Pajarito dormido  
el que está en el nido.  
Pajarito sin pies  
el que está en el ciprés.  
Cinco pajaritos  
y uno, son seis.

### Conejito blanco

Conejito blanco  
de ojos de rubí  
conejito que andas  
por el melonar,  
una sortijita que anoche,  
que anoche perdí,  
conejito blanco,  
¿me la encontrarás?  
Conejito que andas  
por el melonar,  
puesta en tu rabito  
la miro brillar.

### El hogar

Si tienes frío  
está ardiendo, el hogar;

Si tienes hambre,  
en el horno está el pan.

Si tienes sed,  
está el cántaro pleno.

Si tienes sueño,  
descansa sereno.

Suave es el lecho  
si quieres dormir.

Si el amor buscas  
encuétralo en mí.

Madre, así canta  
el hogar y en su voz,

oigo la voz  
con que me habla mi Dios.

### Llenando el cántaro

U, O, A, E, I, ...

El cántaro canta  
llenándose, así:

U, O, A, E, I, ...

Mi cántaro lleno  
en las fuentes;  
oid:

U, O, A, E, I, ...

¿Qué dirá mi cántaro  
cuando canta así?

U, O, A, E, I, ...

### El deseo

El niño pidió la Luna,  
el Angel la va a buscar;  
está enredada en las frondas  
floridas del naranjal.

El Angel llegó a las frondas,  
la Luna está más allá;  
sobre la montaña tiene  
su nido de claridad.

El Angel se fué muy lejos,  
ya nunca retornará...  
se lo comió en la montaña  
una loba, oscuridad.

El niño pidió la Luna,  
y se la trae en su morral  
Abuela Noche, que viene  
del gran Palacio del Mar.

### Peregrinos

Se fueron por tres caminos  
tres peregrinos:

y uno se encontró  
la casita del sol;  
entró y se quemó.

El otro llegó a una  
Ciudad de la Luna;  
como no era estío,  
se murió de frío.

El otro encontró  
la casita tibia  
de mi corazón,  
y aquí se quedó.

### Elogios

A Fanny

Cabellitos de oro,  
tesorito mío,  
hojita olorosa  
llena de rocío;  
rosita abriñena,  
mi mariposilla,  
hada pequeñita,  
clara fuentecilla;  
espigueta rubia,  
canario que trina,  
nubecita blanca  
de mi azul colina;  
mañanita alegre,  
colibri de seda,  
rayito de oro  
entre mi alameda;  
copito de nieve,  
blancura de luna,  
como tú en el mundo  
no hay otra ninguna.

### La gallina de oro

La gallina de oro,  
pone un huevo de oro,  
en la paja de oro  
del blando nidal.

El gallito de oro,  
ojitos de oro,  
con espuela de oro,  
cresta de coral,  
con cantar sonoro  
anuncia el tesoro  
del huevito de oro  
que está en el nidal.

Carlos Luis Sáenz

Heredia, C. R., Mayo de 1929.

## Sacasa Ministro en Washington

Con su patria todavía ocupada y ultrajada por los marinos de los Estados Unidos, los marinos de la traición, la invasión y la conquista; con los marinos de los Estados Unidos, los marinos del imperialismo, los vándalos de los más grandes crímenes internacionales de estos tiempos, todavía asesinando a sus compatriotas en las selvas de Nicaragua donde los nicaragüenses de honor y de corazón buscaron el baluarte de la naturaleza para la protesta armada contra el agravio y la ignominia de la dominación de los marinos del imperialismo en su patria, el señor y doctor don Juan Bautista Sacasa—vicepresidente de la república en el gobierno derribado por el golpe de cuartel de 1925 y en tal carácter jefe de la revolución de 1926-27, cuyo objeto era la restauración del gobierno constitucional y cuyo triunfo impidieron por la fuerza los marinos de

la subyugación y del crimen en interés del gobierno usurpador, el gobierno de la traición, aliado y protegido de Washington—acaba de llegar a Washington con el cargo de ministro del gobierno nacido del régimen de los marinos en las elecciones de 1928.

La opinión pública de los Estados Unidos y del mundo, que conoce al doctor Sacasa por la notoriedad y el escándalo de los acontecimientos relacionados con la invasión militar de Nicaragua por los Estados Unidos en 1926-27, en los cuales el doctor Sacasa jugó el papel más prominente como cabeza del gobierno constitucional repudiado y perseguido por Washington, no comprenderá ni se explicará la imprevisible y desconcertante aparición del doctor Sacasa en Washington como agente de amistad y buena voluntad de su patria ante el gobierno que ayer no

más impuso por la fuerza un gobierno espurio en su patria y por la fuerza frustró el empeño armado de su patria, dirigido por él, para restablecer el gobierno legítimo y recobrar su libertad y su soberanía, y ocupa hoy todavía a Nicaragua con sus fuerzas militares sin poder decir al mundo la razón de esta ocupación.

No hay acuerdo posible entre los antecedentes, el papel y la representación del doctor Sacasa en los acontecimientos de su patria en relación con Washington en los últimos tres años y su posición diplomática hoy en Washington. Ni es posible que el doctor Sacasa ignore las cuestiones morales que hay para él en ese flagrante y desastroso conflicto entre su papel de ayer y su papel de hoy.

¿Qué significa Sacasa hoy en Washington, qué representa, cómo se explica

MARCO.—Cuando tengo libertad para ausentarme por algunos días, sobre todo en esta época del año, vengo aquí a buscar la salubridad y hermosura de esta comarca; verdad es que rara vez puedo conseguirlo. Pero tengo además otra razón de complacencia, que tú no puedes apreciar.

ATICO.—¿Cuál es?

MARCO.—Que, propiamente hablando, esta es mi verdadera patria y de mi hermano Quinto. Aquí nacimos de antiquísimo linaje; aquí están nuestros altares, nuestros parientes y los numerosos monumentos de nuestros abuelos. ¿Que más diré? Ves esta casa y lo que hoy es; también la ensanchó el cuidado de mi padre, Gozaba de poca salud, y aquí pasó casi toda su vida en el estudio de las letras. Aquí también, en vida de mi abuelo, cuando la casa era pequeña como la de Curio en el país de los Sabinos, nació yo. Así, pues, encuentro aquí no sé qué encanto que deleita mi mente y mis sentidos y que contribuye tal vez a hacerme este paraje más agradable; dícese que el más sabio de los hombres, por ver otra vez a su Itaca, rehusó la inmortalidad.

ATICO.—Considero muy justa esa razón para que vengas aquí con preferencia y tengas predilección a este paraje. Porque, a decir verdad, desde hace un momento amo más esa casa y este lecho que te han visto nacer. No sé por qué, pero nos impresiona el aspecto de los parajes en que se ven las huellas de los que amamos o

De la antigua sabiduría

### El punto de tu origen es tu patria

admiramos. Puedo decir que mi Atenas no me agrada tanto por sus magníficos monumentos y antiguas obras maestras de arte que por el recuerdo de los grandes hombres; la casa que cada uno de ellos habitaba, el sitio donde se sentaba, donde prefería pasear, todo lo contemplo con interés, todo, hasta sus sepulcros. Así, pues, cree que este paraje donde te encuentras

me será más querido en adelante.

MARCO.—En ese caso me congratulo de haberte mostrado lo que es casi mi cuna.

ATICO.—Y yo me congratulo más aún de haberlo visto. Pero ¿no has dicho poco ha que este paraje (que te he oído llamar Arpino) es vuestra patria? ¿Acaso tenéis dos? ¿tenéis otra que la patria común? ¿o tal vez la del sa-

Cicerón

(De las Leyes)

bio Catón no fué Roma sino Túsculo?

MARCO.—Para él, como para todos los ciudadanos de los municipios, reconozco, a fe mía, dos patrias: la de naturaleza y la de ciudadanía. Así, pues, Catón, que nació en Túsculo, fué agregado ciudadano de Roma, y Tusculano por origen, y Romano por ciudadanía, tuvo una patria de hecho y otra de derecho. Lo propio acontecía entre los Atenienses: cuando Teseo les hizo abandonar los campos para reunirlos en el Astu, como llamaban a la ciudad, los naturales de Sunium eran también Atenienses. De la misma manera nosotros llamamos patria a aquella en que hemos nacido y a la que nos adoptó; pero debemos amar principalmente a aquella cuyo nombre, que es el de la república, encierra todos los ciudadanos. Por ésta debemos morir, a ella debemos dedicarnos por completo, a ella debemos consagrar, por decirlo así, todo cuanto nos pertenece. Pero no deja de ser cierto que amamos casi lo mismo a la patria en que hemos nacido, y he aquí por qué no negaré jamás a Arpino por patria mía, aunque la otra sea más grande y la encierre en su seno.

ATICO.—Con razón, pues, nuestro gran Pompeyo, cuando oyéndolo yo, litigaba contigo por Balbo, dijo que la República podía dar justísimas gracias a este municipio porque de él habían salido sus dos salvadores; y ahora creo gustoso que el punto de tu origen es tu patria.

#### JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

#### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

#### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

#### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

#### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

#### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

#### Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH  
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.  
Socio Gerente

su aceptación de un puesto que no puede ser sino de humillación y desprestigio para él mientras no justifique su presencia allí a los ojos de su patria y del mundo? ¿Ha olvidado Sacasa, para venir a Washington con una investidura que puede muy bien destruirlo, que él era, por su personificación del martirio, el infortunio, el derecho, el honor, y la aspiración nacional de su patria, uno de los hombres espectables de este mundo, y que en esta altísima dignidad él tenía sagradas responsabilidades? ¿Qué es Sacasa en la Legación de Nicaragua en Washington, un simple sucesor de los Chamorros, de Salvador Castriello, de Chamorro César, un competidor en la traición, un continuador de la tradición de la traición en la legación de Nicaragua en Washington o viene a romper esa tradición? ¿Qué vale la legación de Nicaragua en Washington para vender por ella sagrados tesoros inapreciables en valores terrenales o mundanos? ¿Tiene Sacasa una misión que justifique ante la conciencia humana su presencia diplomática en Washington? ¿Ha venido a Washington para servir a su patria o para contribuir con el enemigo a la abyección y la subyugación de su patria?

Si Sacasa es el hombre de sus antecesores y de sus antecedentes en Nicaragua, si tiene una patria y la tiene, como cada hombre la suya, en el corazón, si tiene corazón no ha podido venir a Washington como ministro diplomático sino con una misión de libertad, la misión de libertar a su patria del yugo de Washington. ¿Es Sacasa el órgano de esta política en Washington?

Para libertar a Nicaragua del yugo de Washington dos cosas hay que hacer: pedir el retiro inmediato de los marinos y denunciar el tratado Bryan-Chamorro. Un tratado del canal puede hacerse en substitución de éste, sin bases navales ni cesiones territoriales, sin abdicación de la propiedad y la soberanía del canal por la nación. Nicaragua sería así resucitada como nación soberana e independiente, su gobierno volvería a ser libre y no habría más invasiones ni más intervenciones extranjeras.

Todo lo que ha ocurrido en Nicaragua desde 1910 ha sido posible por la complicidad de los nicaragüenses, primero la fusión de liberales y conservadores, con los conservadores preponderando, en alianza con Washington en la revolución de aquel año; después la alianza perpetua de los conservadores con Washington para el despojo y subyugación de Nicaragua. Con el apoyo de los conservadores y con los conservadores como instrumento, Washington fué el árbitro supremo en Nicaragua desde la intervención armada de 1912. Ya no se hizo nada allí sin la voluntad de Washington. Los gobiernos fueron hechura suya y estos gobiernos no existieron sino para traicionar a Nicaragua y obedecer y servir a Washington. Esta situación duró así muchos años hasta que la muerte de un Chamorro en la presidencia creó la oportunidad para un nuevo rumbo de las cosas. Los liberales, que habían estado aplastados por la intervención en todos

## Bendición

*Al través de tus ojos tan serenos  
contemplo yo tu corazón de santa,  
y por eso, entre todas las mujeres,  
bendita el corazón te aclama y canta.*

*Bendita porque fuiste un gran tesoro  
de amor en mi tragedia y agonía;  
como Jesús a Lázaro dijiste:  
«De pie»...—«Mi amor te espera todavía».*

*Bendita porque fuerte siempre has sido  
cual columna de pórfido o diamante;  
porque en todas mis luchas y amarguras  
clamaste: «Ten valor y ve adelante.»*

*Mujer que eres compendio de bondades,  
de nobles sacrificios y ternuras:  
para pagar tu amor, en este día,  
te bendigo entre todas las creaturas!*

J. J. Salas Pérez

San José de Costa Rica  
1929.

estos años, pudieron levantar la cabeza y volver al gobierno en una fusión con una facción de los conservadores, los marinos que habían sostenido la intervención perpetua fueron retirados bajo la presión de la opinión pública en los Estados Unidos y Nicaragua parecía en vía de su renacimiento cuando el nuevo orden de cosas fué derribado por la traición en 1925 y el viejo orden de cosas establecido con sus siniestros corifeos Chamorro y Díaz. Se repitió pronto la historia de la intervención, pedida, como en 1912, por el nefando Díaz, volvieron los marinos, volvió la revolución a ser ahogada en Washington, pero esta vez con la compensación de una promesa de elecciones garantizadas por los marinos.

Sin la intervención armada de Washington en 1912, la revolución habría derrocado al gobierno de Díaz y las puertas habrían sido cerradas para el imperialismo en Nicaragua. Sin la intervención armada de los Estados Unidos en 1927, la revolución habría derrocado al gobierno de Díaz y las puertas habrían sido cerradas otra vez para el imperialismo en Nicaragua. Las dos intervenciones han tenido por objeto salvar al gobierno de la minoría y de la traición contra el triunfo inminente del pueblo sublevado.

En la alternativa de las elecciones garantizadas por los marinos del imperialismo, los marinos que sostuvieron siempre al gobierno bastardo de Díaz contra la aspiración y los esfuerzos del pueblo de Nicaragua, estaba la última esperanza del imperialismo, puesta en la posibilidad del triunfo de los conservadores. Triunfaron, por supuesto los liberales. Hay al fin un gobierno liberal en Nicaragua, precisamente lo que Was-

hington más temía y a lo que más se opuso desde 1910. Este gobierno no debe en absoluto en ninguna forma su existencia a Washington. Al contrario de los gobiernos de Díaz y de los Chamorros, este gobierno puede existir absolutamente sin los marinos y sin Washington. Los marinos continúan sin embargo en Nicaragua, y en gran número, como en los días de la última guerra civil, y la persecución de los patriotas nicaragüenses en armas contra la intervención extranjera y los marinos, la están haciendo los marinos de la intervención, los marinos del imperialismo, los marinos que sostuvieron siempre a los representantes de la traición en el poder.

¿Cuál es la actitud del gobierno liberal de Nicaragua en esta gran cuestión de los marinos y la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua? ¿Es Moncada en el poder un Chamorro o un Díaz? ¿Es Sacasa en la legación en Washington un Chamorro, un Castriello, un Chamorro César? ¿Son Moncada y Sacasa aliados como éstos y aquellos de Washington contra Nicaragua, y han llegado al poder simplemente para substituir a aquellos y continuar la tradición de la traición, o son patriotas nicaragüenses como Sandino y sus huestes, conscientes de sus responsabilidades ante su patria y ante el mundo y capaces de hacer respetar los derechos, las libertades, los intereses y la dignidad de su patria como nación soberana e independiente?

Repetimos que todo lo que ha ocurrido en Nicaragua desde 1910 ha sido posible por la complicidad de los gobiernos aliados con los Estados Unidos contra Nicaragua. Habría sido imposible con gobiernos leales y responsables. Será imposible que continúe ocurriendo con el gobierno actual, si este gobierno no es también un gobierno traidor.

El mundo está ansioso de saber qué es en definitiva el gobierno de Moncada, jefe del ejército constitucionalista en la última revolución de Nicaragua, representado ahora en Washington por Sacasa, jefe de la revolución en su carácter de vicepresidente de la república en el gobierno constitucional destruido por Chamorro para restablecer el gobierno de la traición, restablecido en efecto con Díaz por la acción de Washington como en 1912. ¿Ha sido reconstruido este gobierno sin Chamorro y sin Díaz, pero con Moncada y Sacasa? ¿Es Moncada un mero reemplazo de Díaz y Sacasa de Castriello? ¿Ha triunfado de tal modo el imperialismo con sus disciplinas y con sus halagos en Nicaragua, que haya convertido al partido liberal a la traición y hecho de este partido también un instrumento de sus crímenes contra Nicaragua? ¿Ha logrado el imperialismo borrar toda diferencia entre conservadores y liberales con respecto a Washington y su política en Nicaragua? ¿No? Entonces, ¿por qué no es Moncada un gobierno libre como su elección? ¿Por qué están bajo su gobierno los marinos en Nicaragua? ¿Por qué están bajo su gobierno los marinos matando patriotas nicaragüenses en Nicaragua?

## LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,  
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,  
a todos los países en las mejores  
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositorio del Repertorio Americano.

La legación de Nicaragua en Washington es el camino a la presidencia de la República de Nicaragua, según la tradición que dejaron los Chamorros. Se va por allí con más certidumbre que por donde iba Sacasa hace dos años,

según la experiencia de la última intervención de los Estados Unidos. En aquel camino se dejan sin embargo ciertas cosas... Los Chamorros las habían dejado ya antes de venir a Washington...

Jacinto López

New York, marzo 1929.

## Tablero = 1929 =

### Señas de escritores:

León de Greiff.—Calle Argentina, N.º 131 Medellín, Colombia.

Jorge Guillén.—Constitución, 12. Valladolid, España.

Rosario Fusco.—Cataguarens. Minas. Brasil.

Miguel Angel Asturias.—26 ave. Charles Floquet París 7e.

Alfredo Colmo.—Pampa 3200. Bs. As. R. Argentina.

Elena Torres. 3833 Delmar. St. Louis Mo. U. S. A.

Jorge Gmo. Leguía.—Avenida de la Colmena (izquierda), 372, altos. Lima. Perú.

Aida María de Chiriboga (*Flor de Te*).—Lista General de Correos. Lima. Perú.

Agustín Rossi.—3 de Febrero 51. Rosario. Rep. Argentina.

José Ma. Delgado.—8 de octubre 2693. Montevideo. Uruguay.

Ovidio Fernández Ríos.—J. Pantlico 979. Montevideo. Uruguay.

### Noticia de libros

En la *Biblioteca Nueva* de Madrid, 1928 sale un libro nuevo de Azorín:

*Félix Vargas*. Etopeya.

Es el primero de la serie Nuevas Obras de Azorín. Seguirán: *Blanco y azul* y *La bolita de marfil*.

¿Qué sorpresas nos tendrá reservadas Azorín a los que lo leemos con tan viva simpatía?

He aquí el Prólogo de *Félix Vargas*:

FÉLIX VARGAS

Complacerse en lo inorgánico

EL AUTOR

Lo que en apariencia es inorgánico, señor Vargas, puede ser profundamente orgánico; será inorgánico con relación a una organización anterior, ya caduca.

FÉLIX VARGAS

En todo caso, la elipsis en el tiempo, el espacio y el espíritu. La supresión de transiciones o el salto de trapecio a trapecio.

EL AUTOR

Sin olvidar, señor Vargas, la creación de la imagen que exteriorice la sensación. La imagen que no corresponde a la realidad exterior—agrandando las cosas, deformándolas—, pero que traduce una realidad intrínseca.

FÉLIX VARGAS

Y utilizando la ambivalencia de las imágenes para hacer visible, en determinado momento, la dualidad de una situación psicológica.

En las ediciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1928, saca Ortega y Gasset la segunda edición de su notable conferencia *Vieja y nueva política*.

Adquiérase. Precio: \$ 1.75

*Canciones y Ensayos* se titula la cuarta obra que publica el poeta Rafael Estrada. En las Ediciones del CONVIVIO. San José de Costa Rica. 1929.

Contenido: Canciones, Sonetos de un recién casado, Recuerdos de México, De la contemplación, Cuatro canciones, Otras canciones.

### El prólogo:

He recopilado, en este tomo, poemas escritos a base de una influencia directa de los clásicos; de aquellos clásicos que llamarían, los neo-críticos de hoy, *modernistas*.

Sé de antemano que la alusión no afecta a mis colegas cultos; pero sé también que vivo en mi medio y debo recordarles.

En mi medio he sido yo un *modernista*; he debido engañarlos, publicando poemas del grandioso Juan Ramón Jiménez con la firma mía; me he visto obligado a presentarles un análisis de la mentalidad del esteta a fin de demostrarles su impotencia; y luego, heme visto obligado, ante las provocaciones, a enseñarles términos científicos de la nueva métrica.

La nueva poética tiene profundos engranajes con el pasado. Es consciente de lo pasado. Pero sufre una tormenta brutal: mira a lo hondo en el presente y fija sus miradas clarividentes en el porvenir. Esto no lo perdonan los que tan sólo viven del pasado.

Para los nuevos sensitivos, abiertos a todos los horizontes, la Belleza es eterna; porque lo ha sido y lo será; y no encuentran en su espíritu ningún desdoblamiento porque admiren a los maestros que sepultan los siglos, ni porque tiemblen de amor ante los maestros que viven todavía, ni porque se deslumbren ante las futuras generaciones líricas. Todo en la Belleza es natural para los nuevos sensitivos.

Hay algo que sí llama en mi conciencia, que sí clama por mi sinceridad. Y es la visión mía de los caminos que siguen los nuevos sensitivos: noto que hay una tendencia a sumirse en el afán de notoriedad, en el arrebatado lírico inexplicable o en una novedosa modulación de ritmos conocidos. Y esto tienen derecho a reclamarnos; abrimos con esto un costado vulnerable a nuestros enemigos. Debemos demos-

trar que hay algo más grandioso en nosotros; algo que está por encima de la notoriedad—tan sencilla de obtener ahora—, por encima de todo arresto lírico que no sea inteligente, por encima también de toda fácil reproducción de ritmos. Si nos creemos portadores de una antorcha divina, si anunciamos algo excelente, no podemos conformarnos con ser sinceros: debemos ser aptos.

Porque es muy aventurado pensar en crear nuevos ritmos. En nuestra lengua castellana hay una interminable escala de combinaciones rítmicas. Cuanto hace la generación de ahora es someterlas a leyes métricas, catalogarlas y darles todas las prerrogativas que exige la ciencia para aceptarlas.

Yo no creo que haya más que decir por ahora sobre esto. No deseara sino ver el día en que, ya depurada, la poética nueva sea un canon aceptado por todas las gentes; debemos reconocer que muchos de los que nos impugnan a base de que somos incomprensibles, no entenderían tampoco a los clásicos si llegaran a leerlos.

Debo hacer, antes de terminar, una alusión a la gratitud inmensa que siento hacia el señor García Monge, que me ha ofrecido, abierto, su corazón comprensivo de las mentalidades jóvenes; y acoge ahora estos poemas en su colección del *Convivio*. Ya vendrá la hora en que digamos de don Joaquín que fué todo un hombre. Contentémonos por ahora, aquí en Costa Rica, con el orgullo de tener entre nosotros un García Monge. R. E.

Con una novela se estrena el joven escritor costarricense Emmanuel Thompson. Titúlase:

*El castellano de Bosworth*. Novela del tiempo del coloniaje. 1928.

La prologa G. Loria y la edita con buen gusto la Imp. Lines.

### Testimonios:

...sigamos el ejemplo de Temístocles, que habiéndole preguntado con quién colocaría de mejor gana una hija suya, con un hombre de bien pobre, o con un rico de no tan buen crédito, respondió: *Yo más quiero hombre sin dinero, que dinero sin hombre*.

CICERÓN

Todas las naciones que rodeaban al imperio, en Europa y en Asia, absorbieron poco a poco las riquezas de Roma, y así como antes los romanos se engrandecieron porque el oro y la plata de todos los reyes pasó a su poder, así se debilitaron después porque su oro y su plata pasó a poder de los demás pueblos.—*Montesquieu*.

Volvió don Julián a ojear papeles, y oí que decía:—Congreso de 1921; agosto, diciembre, mayo, marzo; ¿qué cronología será esta? por qué corre el tiempo para atrás? Respondele que el tiempo no andaba al revés y que esa apariencia provenía de haberse descubierto que no hay cosa mejor que los congresos permanentes, habiendo el último trabajado y sudado un año entero casi.—¿Y en qué emplean todo ese tiempo?—En mucho hablar y mucho atinar, en ir y venir, en volver y tornar principales, suplentes y subsuplentes, y más que todo en las jugadas políticas.—¿En jugadas? ¿hay pues en los congresos dados y carpeta verde?—No, señor, ello es una figura para denotar combinaciones ingeniosas y muy patrióticas.—*Cita de Marc Fidel Suárez*.

## LA SIERRA

Alta Tribuna Peruana de Doctrina,

Arte y Polémica

Director:

J. GUILLERMO GUEVARA

Lima (Perú)

Apartado 10

Imprenta Alsina (Sauter Arias, & Co.) San José, Costa Rica